



# Memorias íntimas del Rey de los Detectives

El barbero lord Sullivans



—No os meneáis, si no queréis que os degüelle al punto—dijo Sherlock Holmes amenazando furiosamente al criminal.

0948-21860

F. GRANADA Y C.<sup>A</sup>, EDITORES • DIPUTACIÓN, 344, BARCELONA

# LIBROS SELECTOS

- |  |   |
|--|---|
| FERRI (ENRIQUE).—Los hombres y las cárceles. | RALEIGH (TH.).—Política experimental.     |
| » —Ciencia positiva.                         | SCHOPENHAUER (A.).—Los dolores del mundo. |
| FLAMMARION (C.).—Cómo se acabará el mundo.   | SMILES (S.).—La vida y el trabajo.        |
| » —Viajes en globo.                          | TAINÉ (H.).—Las ilusiones.                |
| » —Orígenes de la vida.                      | VARIOS AUTORES.—El instante de la dicha.  |
| LAFARGUE (PARLO).—El matriarcado.            | ZOLA (E.).—Páginas de oro.                |
| MOLINARI (LUIS).—El ocaso del Derecho Penal. | GUSTAVO (SOLEDAD).—Las diosas de la vida. |
|  | ASTORF (A.).—El despotismo del oro.       |

Precio de cada tomo en rústica. . . 4 reales ♦♦ Precio de cada tomo en tela. . . . 8 reales

## BIBLIOTECA DE ENSEÑANZA POPULAR

Constituyen esta BIBLIOTECA manuales de unas 200 páginas, de papel satinado, en 8.°, y la mayor parte de ellos profusamente ilustrados

Reunir en el menor número posible de páginas y poner al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias, las de los niños y las de los obreros especialmente, todos los hechos adquiridos por la ciencia en nuestros días, y los conocimientos todos de las ramas múltiples en que se divide el saber humano en sus vastas y heterogéneas manifestaciones; deducir de aquellos hechos una explicación racional del mundo, de la vida y de las sociedades humanas; exponer con aquellos conocimientos el orden, la armonía, la belleza, la bondad y la verdad de cuanto nos rodea; instruir, en suma, de una manera clara, precisa, general y hoy día indispensable, acerca de todo lo que puede elevar la mente del hombre, tal es el objeto de la creación de esta pequeña BIBLIOTECA DE ENSEÑANZA POPULAR.

Nuestros manuales deberán formar una verdadera enciclopedia cuyo desarrollo racional y normal, cuyos autores de fama universal, cuyas materias escogidas con orden lógico, y sobre todo, su índole eminentemente popular y su economía increíble, la harán única en su género y condiciones, y nueva en España y América. La ciencia, desde la evolución de los mundos y el origen de la vida hasta los actuales descubrimientos e inventos que transforman de un modo radical los puntos de vista y opiniones de la humanidad, el arte con sus emociones y bellezas; la moral y el derecho; los cultos y las religiones; los sistemas económicos y las doctrinas sociales, todos los factores en fin, que integran el saber, serán objeto de esta obra colectiva de educación e instrucción, que puede condensarse en las palabras: enseñar, educar, deleitar.

La BIBLIOTECA DE ENSEÑANZA POPULAR ha publicado hasta ahora las obras siguientes:

- |   |  |  |
|---|--|--|
| BROTIER (LEÓN).—Historia de la Tierra.          | FLAMMARION (C.).—A través del espacio.                 | ZAROWSKI (S.).—Los mundos desaparecidos.         |
| DUPUY (L.).—Diccionario de las falsificaciones. | HUXLEY (TOMÁS).—Introducción al estudio de la ciencia. | AMIGUES.—Excursiones celestes.                   |
| FERRIERS (E.).—El darwinismo.                   | LEMONNER (DR. J.).—Higiene de la cocina.               | ACLOQUE (A.).—Los insectos perjudiciales.        |
| FLAMMARION (C.).—Astronomía popular.            | MERNIER (VICTOR).—Historia del arte.                   | SERLET Y MATHIEU.—El alcoholismo y sus estragos. |
| » —¿Qué es el ciclo?                            | PAULHAR (P.).—La fisiología del espíritu.              |  |
| » —Los terremotos.                              | VARIOS AUTORES.—Las estrellas y los cometas.           |  |

Precio de cada tomo en rústica. 50 céntimos — Precio de cada tomo en tela . . 75 céntimos

### CARTAS DE AMOR PARA LOS ENAMORADOS

SUMARIO DE ESTE LIBRO:

Declaraciones.—Quejas.—Despedidas. Reconciliaciones.—Rupturas.—Cartas de amor.—Modelos sacados de los mejores autores.—Pequeño vocabulario ó manera de escribir una carta con flores, el más fácil de los conocidos.—Tabla de fiestas ó calendario de los amantes.—Máximas y pensamientos sobre el amor y los enamorados, de los mejores escritores.—Nueva y verdadera clave de los sueños.

Un tomo, 50 céntimos

Dr. R. DUPUY

### LA VÍSPERA DE LA BODA

Conocimientos necesarios al hombre y á la mujer antes de casarse.—Condiciones que deben reunir los cónyuges.—La noche de bodas.—Los placeres del amor. Excesos amorosos y males que producen. Higiene de los órganos sexuales.—Toca-do secreto.

Un tomo, 50 céntimos

V. SARDOU

### LA PERLA NEGRA

Esta novela del célebre escritor Sardou trata del descubrimiento de un aparente delito, cuyo supuesto autor, condenado por la ley, se ve al fin libre, gracias á las investigaciones científicas de un hombre ilustrado.

Un tomo, 50 céntimos

823.91  
D598.99  
P47  
v. 11  
no. 55

# El barbero de lord Sullivans

## CAPITULO PRIMERO

### El crimen de Bakerstreet

El gran detective Sherlock Holmes acababa de desayunarse y estaba á punto de encender su pipa, cuando de repente sonó la campanilla del teléfono en su despacho. Tan insistentes eran las llamadas, que el detective arrojó indignado la pipa sobre la mesa y corrió al aparato.

—¡Caramba! ¡Un poco de paciencia! Ya voy, ya voy. Soy Sherlock Holmes. ¿Quién llama?

—Mister Holmes, por Dios; ¡haga el favor de venir corriendo! ¡No pierda usted ni un instante! ¡Venga usted tal como esté!...

—¡Pero diablo! antes es preciso saber á dónde.

—Soy mistress Lea Bassless, la que vive enfrente de usted.

—¡Ah! buenos días, mistress. ¿Pues qué ocurre? ¿Tan urgente es el asunto?

—¡Urgentísimo! ¡horrible! Mi huésped, mister Ricardo Burton, ha sido asesinado. Le han cortado el cuello... ¡Dios mío! ¡cuánto me he asustado!

—Voy ahora mismo; adiós.

Y Sherlock Hólmes dejó el aparato.

—Hola, Harry—añadió dirigiéndose á su joven ayudante.—La semana empieza bien; ¡ya tenemos un crimen sensacional!

—¿Dónde?

—Enfrente. El abogado Burton; aquel caballero alto, delgado, el de la cara melancólica, ha sido asesinado.

Mistress Bassless acaba de telefonar. Está dispuesto; voy á ver á la dama y es posible que te necesite pronto.

El detective salió de su casa.

Cuando Harry se asomó á la ventana, vió á su maestro desaparecer en el portal de la casa de enfrente, el mejor edificio sin duda de toda la calle.

Un instante después el gran detective llegaba al primer piso de la casa, señalada con el número 14.

Mistress Bassless le esperaba llorando en la puerta.

—Gracias á Dios, mister Holmes, que ha llegado usted ya—exclamó la dama suspirando aliviada.—Entre usted en la habitación y convénzase usted mismo. ¡Oh, Dios mío! ¡qué horror! ¡yo no puedo entrar!

Figúrese usted qué impresión habré recibido cuando hace apenas diez minutos, al entrarle el té como de costumbre, le encontré en un estado... que daba miedo. Entre usted y le verá.

Abriendo la puerta de una habitación, mistress Bassless empujó suavemente al detective siguiendo sus pasos vacilante.

El aspecto que se ofreció á los ojos del detective,

era efectivamente para horrorizar al hombre de nervios más templados.

En el sofá yacía un hombre.

Tenía en el cuello un corte profundo.

El sofá y el suelo estaban llenos de sangre.

El muerto tenía en la mano una navaja de afeitar, con la que parecía haberse suicidado.

Los ojos vidriosos estaban fijos, con una expresión indefinible, mirando al techo.

El semblante, pálido como la cera, que resaltaba más por la negrura de la barba, estaba horriblemente contrahecho.

Sherlock Holmes se detuvo un instante.

Luego se dirigió á mistress Bassless, preguntándole:

—¿ Ha avisado usted á la policía?

—No, mister Holmes; usted es el primero que ha tenido conocimiento del crimen.

—Bien; pero no debemos olvidar á las autoridades. Voy á telefonar yo mismo.

El detective se acercó al teléfono pidiendo comunicación inmediata con Scotland Yard.

Un momento después había transmitido la horrible nueva á la central de policía.

—Ahora, querida amiga—dijo el detective,—esperemos en una habitación hasta que llegue la policía; entretanto haga el favor de explicarme cómo ha podido desarrollarse el misterioso hecho.

—¡ Dios mío! ¿ Cómo haré para explicarme?

—¿ Quién pudo haber cometido el asesinato?

—En verdad, mister Holmes—exclamó la dama llorando,—no puedo explicarme quién puede haber sido el autor de tal atentado.

Solamente puedo decir que desde que mister Burton dejó de ejercer su profesión, hace de esto más de medio año, vivía en mi casa, y siempre se ha mostrado sumamente amable y bondadoso.

No puedo creer que tuviera enemigos, ¿ Por qué cree usted, mister Holmes, que se trata de una muerte violenta?

¿ No puede ser suicidio? ¿ No ha visto usted en la mano la navaja que debió producirle la herida?

—No hay tal suicidio—repuso Sherlock Holmes.—

¿ Tenía mister Burton amistades numerosas?

—Tenía muy pocos amigos.

—¿ Le visitaron ayer noche? He visto copas y naipes en la mesa.

—Efectivamente; tomaron un ponche, y parecían estar muy divertidos, pues charlaban y reían según pude oírlo desde mi habitación. Más tarde empezaron á jugar á los naipes y hacia las doce de la noche se retiraron.

—¿ Todos?

—Todos; aun no estaba acostada cuando oí que mister Burton acompañaba á sus amigos hasta la puerta de la calle cerrándola luego; también cerró la de su habitación, y durante algún rato se oyeron los pasos de mister Burton que se paseaba arriba y abajo en su cuarto; luego todo quedó silencioso, de lo que deduje que se había acostado.

—¿ Acostumbraba á pasearse en su habitación?

—Sí, mister Holmes; cuando menos hace algún tiempo que lo hacía con frecuencia. Y siempre suspiraba y se lamentaba en voz baja; ayer noche le oí también murmurar y por eso he supuesto esta mañana que había atentado contra su vida.

—Dígame usted, mistress Bassless, ¿ conoce usted tal vez el motivo de la preocupación de mister Burton? ¿ Sabe usted si tenía una querida? ¿ Vivía feliz con ella?

—Creo que sí.

—¿ Le visitó la dama alguna vez en esta casa?

—En efecto.

—¿ Tuvo esto lugar ayer ó hace pocos días?

—No.

—¿ Por lo tanto supone usted que su querida no habrá sido el motivo de la inquietud de mister Burton?

—No lo creo, sir.

—Hay que practicar averiguaciones en otro sentido. Reflexione usted, mistress Bassless, pues depende mucha parte del éxito, de la primera declaración.

¿ Está usted segura de que mister Burton no recibió otras visitas que la de los caballeros que ayer noche estuvieron aquí, y á quienes llama usted los amigos de mister Burton? Haga el favor de decirme cuáles eran las personas que acostumbraban á visitar al difunto. ¿ No habrá entre ellas, por ejemplo, un barbero que le afeitaba en casa?

Mistress Bassless miró sorprendida al detective, como si de repente le hubiera ocurrido una idea extraña.

—En efecto, así es. Mister Burton no iba nunca á la peluquería; tenía un peluquero particular, y tengo que añadir que era un hombre que siempre me había llamado la atención poderosamente. Siempre que veía á aquel hombre me parecía haberle visto ya en alguna parte. ¿Sabe usted, mister Holmes, á quien se parece mucho aquel peluquero?

—Justamente.

—¿Cuándo ha venido por última vez?

—Creo que el martes por la mañana.

—¿Eran buenas las relaciones entre Burton y Grip?  
¿No han tenido diferencias?

—Sí—contestó vacilando mistress Bassless.—Precisamente de esto iba á hablar á usted. ¿Sabe usted,



—No lo sé, mistress.

—Pues á usted, mister Holmes. Parece su hermano gemelo; se lo aseguro.

—Sepamos cómo se llama ese mi digno similar. Tendré que conocer á fondo á ese hombre. Supongo que será una persona decente, y que no tendré de avergonzarme de mi retrato viviente.

—Creo que se llama Alan Grip.

—Pues es un nombre muy bonito. ¿Conque ese hombre afeitaba á mister Burton?

mister Holmes, lo que siempre me parecía cuando Grip visitaba á mister Burton?

Sherlock Holmes miró interesado á la dama.

—Pues parecía como si el barbero fuera repulsivo á mister Burton. Diferentes veces tuve ocasión de observar que cuando entraba el peluquero, mi huésped parecía estremecerse de horror ó asco.

Además, ó también por casualidad, no crea usted que haya escuchado conversación alguna, ó como mister Burton y Grip hablaban en voz baja y miste-

riosamente de algún asunto que no convenía á personas extrañas seguramente.

Parecía como si Grip amenazara á mister Burton ó le exigiese dinero por algún secreto ó cosa parecida.

Entre ambos debía haber algún secreto.

—¿ Dónde vive Alan Grip?

—En la Greenstreet.

—Muy cerca de aquí.

Sherlock Holmes hubiera seguido hablando de aquel asunto que le interesaba mucho, pero en aquel momento llamaron á la puerta.

—Serán los de Scotland Yard—dijo á la dama.— Más tarde seguiremos hablando de este asunto. Vamos á recibirles.

Seguidamente se fué el detective á abrir la puerta, quedando no poco sorprendido al ver que entre los agentes de policía que llegaban, venía el mismo mister Mac Gordon, jefe de la policía.

Un afectuoso saludo fué cambiado entre los dos personajes.

—Mister Burton—dijo mister Mac Gordon—era antiguo amigo mío, y si bien es verdad que por un incidente sin importancia nos disgustamos y dejamos de frecuentarnos, no obstante le quería y me intereso por su triste fin. Me alegro mucho, mister Holmes, de encontrarle ya aquí. ¿Supongo que esta vez también nos ayudará usted?

—Si lo desea usted lo haré con mucho gusto; el caso me interesa vivamente aunque no sea más que por tratarse de un crimen ocurrido en mi vecindad.

—Comprendo; no perdamos tiempo.

El funcionario entró en la habitación del abogado, retrocediendo un paso al ver el cuadro triste que ofrecía el cadáver.

—¡Caramba!—exclamó.—¡Nunca hubiera creído que el infeliz tomara la extrema determinación de suicidarse de tan horrible modo!

El jefe de policía lanzó una mirada alrededor de la estancia, diciendo:

—En efecto; aquí parece tratarse de un suicidio; nada indica que entre mister Burton y un criminal haya habido lucha de ninguna clase.

¿Supongo, señora, que lo habrá usted dejado todo en la misma forma que lo ha encontrado?

—Sí, caballero; no he tocado absolutamente nada

—contestó mistress Bassless.—Hace media hora que entré aquí y el terror me hizo salir inmediatamente, corriendo al teléfono para avisar á mister Sherlock Holmes.

—¿ Parece ser que mister Burton ha recibido visitas ayer noche? Veo un juego de naipes y algunas copas en la mesa—dijo el jefe de policía.

—En efecto, sir—respondió mistress Bassless.— Tres caballeros estuvieron aquí; el doctor Flynn, médico que vive en la misma casa, un joven pintor y lord Archibald Sullivans. Los tres se marcharon hacia las doce de la noche.

—¿ Ha observado usted algo sospechoso durante la noche?

—No, sir; mi dormitorio da al lado posterior de la casa, pero no obstante hubiera oído ruido si alguien de fuera hubiera penetrado en el piso, pues tengo el sueño tan ligero, que al más pequeño rumor despierto. Todas las puertas y las ventanas estaban cerradas, pues mister Burton cuidó de cerrarlas él mismo antes de acostarse.

—Es posible—exclamó Sherlock Holmes que entretanto había examinado puertas y ventanas de la habitación;—pero la cuestión es saber si las puertas estaban cerradas con el cerrojo echado por el interior. Supongo que mister Burton lo hizo también.

—Ciertamente—repuso mistress Bassless,—siempre lo hacia. Si alguna vez tenía yo que entrar en su habitación antes de la hora acostumbrada, tenía que levantarse y venir á descorrer el cerrojo.

—Bien; pero hoy la puerta no estaba cerrada ni con llave ni con cerrojo, y la de entrada al piso lo mismo, ¿no es verdad?

—En efecto.

—Pues esto es muy significativo; esto hace suponer que aquí ha entrado alguna persona después que mister Burton se había sentado en el sofá; de lo contrario habría que preguntarse si precisamente en esta noche fatal mister Burton se olvidó de sus precauciones.

Sherlock Holmes se acercó al sofá para examinar el cadáver de cerca.

—Mister Mac Gordon—exclamó con voz firme,—no se puede creer que se trate de un suicidio; haga el favor de fijarse en la posición del muerto y observe us-

ted la mano que sostiene la navaja, así como ésta misma.

Supongo que el que se suicida, no coge la navaja como mister Burton. Inmediatamente después del crimen el criminal debió ponérsela en la mano, y el infeliz la apretó convulsivamente en el estertor de la muerte.

—Oiga usted, mister Morrison—añadió el jefe de policía dirigiéndose al médico forense.—¿Es usted de la misma opinión que mister Holmes?

—En absoluto—repuso el preguntado.—Mister Burton no podía producirse la herida tal como se ofrece, no le hubiera sido posible cortar el cuello casi completamente, pues hubiera muerto mucho antes.

—¿Y cuándo cree usted, señor doctor, que se ha consumado el hecho?

—Probablemente entre doce y una de la noche; no hará más de unas ocho horas de la muerte de mister Burton.

—O sea poco después de marcharse los amigos—añadió mister Gordon.—Uno de los visitantes fué un médico que vive en la misma casa.

¡Eh! sargento; haga el favor de llamar inmediatamente á ese caballero. Parece ser que nada sabe del drama, como tampoco los demás inquilinos de la casa.

—No, sir—contestó mistress Bassless.—Aun no lo he dicho á nadie, pero ahí viene el doctor.

En efecto; en el momento en que el policía iba á llamar al amigo del muerto, entró en la habitación; era un tipo elegante.

Al ver tantas personas en la habitación, quedó sorprendido.

—¿Qué ocurre, mistress Bassless? ¿Ha sucedido algo extraordinario?—preguntó con extrañeza, viéndose claramente que ignoraba el terrible crimen.

Cuando pocos instantes después entró en la habitación de mister Burton, no pudo menos de lanzar una exclamación de horror, quedándose algunos momentos como paralizado.

—Entre, señor doctor—dijo el jefe de policía.—Me llamo mister Gordon, soy jefe de Scotland Yard y había dispuesto que se le llamara á usted. Como usted ve, desde su estancia en este cuarto, se ha desarrollado un suceso sangriento. Mister Burton ha dejado de existir, no sabemos aún si por un asesinato ó un suicidio. ¿Quiere usted darnos su opinión?

El doctor Flynn estaba tan impresionado, que no acertó á pronunciar una sola palabra hasta después de algunos momentos de embarazoso silencio.

—Sin duda mi amigo ha sido asesinado y á juzgar por la rigidez que en el cadáver se observa, debe haber sido unas siete ú ocho horas ha.

—Esta opinión corresponde aproximadamente con la declaración del doctor Morrison—replicó el funcionario;—pero dígame, doctor; ¿funda usted su opinión de tratarse de un crimen, solamente por el aspecto del cadáver ó en otras causas? ¿Sabe usted si mi amigo tenía algún enemigo ó enemiga?

—Que yo sepa, no; y debo advertir á usted que al marcharme con los demás amigos, en esta mesa había cierta cantidad en monedas y en billetes, que ahora no veo en ninguna parte.

Lord Archibald Sullivan ha perdido en el juego, y pocos momentos antes de marcharnos, pagó su deuda.

—¿A cuánto ascendía la cantidad?

—A veinticinco libras esterlinas en cinco billetes de á cinco libras y no creo que mister Burton se guardara el dinero, pues le era bastante indiferente, además de que ayer noche tenía la cabeza bastante turbia por haber bebido mucho.

Más bien creo que se echó seguidamente en el sofá donde quedaría dormido al poco rato.

—No; esto no lo hizo—exclamó mistress Bassless.—Después de salir ustedes, mister Burton se paseó un rato por la habitación murmurando; le oí muy claramente.

—En este caso es posible que saliera de casa algo más tarde—objetó de repente mister Holk, un detective de Scotland Yard, que á pesar de sus numerosos fracasos, aun se le recomendaba como detective inteligente.

—Aquí acabo de encontrar un paraguas que aun está mojado, y ya saben ustedes que ha llovido copiosamente esta noche. Voy á ver en el armario; tal vez el sombrero también estará mojado.

¡Ah! ya me lo figuraba—exclamó mister Holk triunfante.—Hagan el favor de convencerse, caballeros, de que este sombrero aun está húmedo.

—En efecto, mister Holk, en efecto; tiene usted razón—repuso el jefe de policía.—Mistress Bassless; su

sueño no parece ser tan ligero como usted dice. Cuando menos debía usted haber oído que mister Burton salía de casa. ¿Qué le parece á usted, mister Holmes?

—Que no comparto la opinión de mister Holk—dijo el gran detective sonriendo y acercándose al muerto cuyos vestidos examinó de cerca.—Mi señor colega podrá convencerse de que los vestidos del difunto están completamente secos.

—Hombre; porque debía llevar sobretodo—replicó con ironía el detective.

—Haga el favor de enseñármelo—repuso con la misma calma Sherlock Holmes.—En el armario ropero no hay sobretodo alguno.

—Permítanme, caballeros—añadió mistress Bassless.—Mister Burton acostumbraba á llevar zapatos de goma cuando llovía; siempre los ponía aquí, en este rincón, pero veo que no están.

—Los buscaremos en el armario—exclamó Holk;—pero aquí no están tampoco.

—Y no obstante el calzado del difunto está completamente seco—repuso Sherlock Holmes.—Por lo tanto no queda demostrado que mister Burton saliera de casa después de la pequeña reunión.

—Pues entonces haga el favor de explicarme la humedad del paraguas y del sombrero—contestó amodado el detective Holk.

—Lo haré después que me haya usted explicado la sequedad del vestido y de las botas—replicó el gran detective con su imperturbable serenidad.—Si mister Burton hubiera olvidado sus zapatos de goma en al-

guna parte, las botas, cuando menos, estarían húmedas por los muchos charcos de la calle.

—También en esto tiene usted razón—dijo mister Gordon.—El asunto se presenta muy misterioso, y hemos de practicar averiguaciones. He aquí, señores, una buena ocasión para demostrar el talento; creo que una vez hayamos encontrado los zapatos de goma y el sobretodo, habremos aclarado el misterio y pronto cogéremos al asesino.

—No hay que olvidar los billetes de Banco—objeto Holk.

—Ni la navaja—quiso añadir Sherlock Holmes, pero se abstuvo de hacerlo por varias razones, especialmente por no creerse obligado á dar indicaciones á la policía oficial.

Mister Mac Gordon dió bien pronto por terminada su primera diligencia, ordenando á los agentes que trasladaran el cadáver á la Morgue del hospital de la policía.

Antes de salir el funcionario se acercó á Sherlock Holmes, diciéndole:

—Cuento, pues, enteramente con usted y espero que no se dejará llevar por las observaciones de mister Holk. Supongo que, como siempre, esta vez seguirá usted el camino que le trace su propia inspiración.

—Por supuesto—contestó Sherlock Holmes.—Mister Holk puede estar tranquilo, que no le estorbaré en sus gestiones.

Después de despedirse del policía, marchóse el detective, dirigiéndose á Bakerstreet, donde Harry le esperaba con impaciencia.

## CAPITULO II

## Las primeras investigaciones

—Harry—dijo Sherlock Holmes á su joven amigo, llevando la mano al bolsillo para sacar una navaja de afeitar.—Fíjate en esta navaja; es la misma con que se ha cometido el crimen en la casa de ahí enfrente. Al infeliz mister Burton le han cortado el cuello hasta la columna vertebral.

Harry tomó la navaja, examinándola con interés.

—¡Caramba! qué bien afilada está. Fácilmente se podía cortar la cabeza con esta herramienta. ¿No hay indicio alguno para suponer quién pueda ser el criminal?

—Ante todo, la navaja, amigo. Aquí aparece grabada la marca del fabricante.

—Es de fabricación alemana—repuso Harry.—«Made in Germany» dice aquí. Es de Solingen.

—Las fábricas alemanas producen mucho, pero creo que en nuestro país no deben haber muchos ejemplares. Ahora mismo irás á Greenstreet, donde hay una peluquería cuyo dueño se llama Grip. No es para que te hagas afeitar el bigote que empieza á sombrearte, sino para que procures ver si allí se emplean navajas como ésta.

—Comprendo, mister Holmes. ¿He de ir conforme estoy ó prefiere usted que me ponga algún disfraz?

—Mejor será que te disfraces, pues la Greenstreet está muy cerca y no es imposible que Grip te conozca. Esto nos perjudicaría.

—Bien; ¿me disfrazo de campesino ó de propietario?

—Lo primero me parece mejor.

Harry desapareció en la habitación vestuario, volviendo al poco rato disfrazado de campesino con tanta propiedad, que el mismo Sherlock Holmes tuvo que soltar una carcajada.

—Muy bien, Harry—exclamó.—No tienes más que

ponerte en camino. Si Grip vende perfumes, podrás comprarle un frasco.

Pero procura permanecer en la tienda mucho rato, pues como es natural, debes procurar descubrir algo más que lo de las navajas.

Espera; un detalle para que no te sorprenda al entrar en la peluquería de Alan Grip; éste, según afirma mistress Bassless, se me parece extraordinariamente; por lo tanto no te será difícil conocerle.

Vigíale atentamente y procura estudiarle el carácter, pues me parece que está complicado en el crimen que nos ocupa.

—Quede usted tranquilo, mister Holmes, le prometo interesarme como si el muerto fuera mi mismo padre.

A poco que me sea posible, puede usted estar seguro que algo descubriré que le comprometa.

—Bueno, vete ya; no pierdas el tiempo.

—Pero ¿dónde nos encontraremos, maestro? ¿Aquí mismo?

—Creo que sí; lo que no puedo decirte es cuándo, pues ni pienso perder el tiempo esperándote aquí. El que llegue primero esperará al otro.

—Convenido. Adiós, maestro.

Harry Taxon bajó la escalera, armando tal ruido que mistress Bonnet, el ama de llaves de Sherlock Holmes, tomándole por un verdadero campesino, le gritó indignada:—¡Mal educado!

Poco después el gran detective salía también de casa para dirigirse á la del pintor mister Carlos Harvey, que como amigo de mister Burton, debía poder hacerle algunas indicaciones sobre las costumbres privadas del infeliz abogado.

El artista estaba trabajando en su taller, cuando el detective llegó á su casa.

Harvey no sabía que su amigo hubiera tenido tan triste fin.

Cuando Sherlock Holmes le indicó su nombre y le dijo que era detective, quedó aterrado.

—¿Dios mío!—exclamó el artista.—¿Y usted viene para detenerme tal vez, por sospechoso en el asesinato de mi amigo? Afortunadamente puedo demostrar mi inocencia; yo no he tenido la menor participación en el hecho.

—Tanto mejor para usted—repuso el detective;—pero yo no sospecho de usted, aunque probablemente la policía tendrá que molestar á usted en sus diligencias.

Dígame usted, mister Harvey. ¿Cuándo salió usted de casa de mister Burton, volvió usted á la suya inmediatamente?

Sí; es decir, acompañé antes á lord Archivald Sullivans que vive también en este barrio de Hydepark. A las doce y cuarto nos separamos en la plaza de Connaught.

Sullivans dirigióse hacia el Park Lane, donde tiene su habitación, y yo me fuí en seguida á la mía. Mi criado puede afirmar que á las doce y media estaba acostado.

—Muy bien, mister Harvey; esta declaración, que agradezco, bastará para alejar toda sospecha.

¿Conocía usted á mister Burton desde hace mucho tiempo?

—Desde hace medio año aproximadamente. Le conocí por medio de una muchacha, cuyo retrato puede usted ver aquí.

—¡Vaya una joven hermosa y de facciones distinguidas y simpática!

—Y muy bien educada, con talento de artista.

—¿Es acaso cantante?

—No, sir; es pintora. Nos conocimos hace seis meses en la Galería Nacional.

—¿Era querida ó novia de mister Burton?

—Ni lo uno ni lo otro—repuso el pintor.—Miss Daisy Carnegy, no era más que amiga platónica del abogado.

—Me interesa saber algo más concreto sobre las relaciones entre ambos.

¿Puede usted darme algunas indicaciones?

—Con mucho gusto; según tengo entendido, miss

Carnegy es hija natural. Su padre, que ha muerto, era un caballero noble y distinguido, cuyo apellido no conozco, pero seguramente era pariente lejano de lord Sullivans.

Antes de morir, el padre de la joven la encomendó á su tutor Burton, quien, según manifestaciones de miss Daisy, cumplió irrefrechablemente con sus deberes. Miss Daisy fué educada en un colegio del extranjero.

—¿Dónde vive miss Carnegy?

—En la Yorkstreet; si no me equivoco en el número 10.

—¿Habita en casa propia?

—Creo que sí.

—Opino, por lo tanto, que lord Archibald Sullivans, que vive en Park Lane, es pariente lejano del padre natural de la joven. ¿Le hizo alguna indicación sobre esto el lord?

—No, sir, ni le he preguntado. Deduzco que existían las citadas relaciones por algunas palabras del abogado.

—¿Eran buenas las relaciones entre mister Burton y lord Sullivans? ¿Hubieron diferencias entre ambos?

El joven artista se encogió de hombros.

—A decir verdad—contestó luego,—aunque se conocían desde la infancia, sus relaciones no fueron siempre muy cordiales.

—¿Y cuál era la causa? ¿miss Daisy?

—No puedo afirmarlo, pero lo creo posible.

—¿Supongo que Sullivans conoce á la dama?

—Probablemente, pero nunca les he visto juntos.

—¿Pero vió usted muchas veces á mister Burton en compañía de ella?

—Pocas, pero siempre en buena armonía.

—Gracias, mister Harvey; no quiero molestarle más con mis preguntas. Sólo me interesa saber si ayer fueron invitados ustedes por mister Burton ó se encontraron en su casa por casualidad.

—Según una costumbre entre nosotros, un día cada semana nos reuníamos en la casa de alguno. Ayer tocó el turno á mister Burton.

—¿Llegaron ustedes á la casa juntos?

—No, sir; lord Sullivans debía encontrarse allí ya media hora antes.

—¿ Les encontró usted en buena armonía?

El artista quedó indeciso á esta pregunta.

—A esa pregunta, mister Holmes, he de contestar negativamente. Creo que no era muy sincera la amistad entre ambos, pues me pareció al entrar que acababan de disputarse. Los dos estaban nerviosos é irritados, pero pronto se tranquilizaron.

—¿ Le llamó algo la atención?

—Sí; recuerdo que entre diez y once de la noche,

Burton se puso muy nervioso, como si quisiera deshacerse de nosotros ó como si nuestra presencia le impidiera hacer algo. De todos modos, esto es opinión mía y por lo tanto puedo equivocarme.

Sherlock Holmes se levantó. A juzgar por la expresión de su semblante, debía estar satisfecho. La declaración del pintor pareció hacerle mudar de intento, pues con gran precipitación se despidió de su interlocutor, saliendo á la calle.

## CAPITULO III

## Una visita bien aprovechada

Sherlock Holmes fué á toda prisa á casa de miss Daisy Carnegie que vivía en un precioso chalet en Yorkstreet, no lejos de Bakerstreet.

El detective llamó en la puerta en que vió un letrero con el nombre de la dama, la que no tardó en abrir.

Si hermosa parecía aquella mujer vista en fotografía, mucho más lo era en realidad.

A Sherlock Holmes le pareció que su presencia la dejaba algo confundida.

Seguramente hubiera querido darle con la puerta en las narices.

—Vaya un hombre impertinente—dijo por lo bajo la joven, pero no sin que lo oyera el detective.—¿A mi casa viene también á visitarme?

Con el sombrero en la mano, dijo el detective con amabilidad:

—Pido á usted mil perdones, miss Carnegie; debe usted equivocarse con respecto á mi personalidad. Seguramente me confunde usted con algún otro individuo, pues estoy seguro de que nunca me había usted visto antes de ahora.

Me llamo Sherlock Holmes, y vengo para hablar á usted de un asunto de mucha importancia, relacionado con mister Ricardo Burton.

Entonces miss Carnegie abrió completamente la puerta, invitando al visitante á pasar.

—¿Qué nuevas me trae usted de mister Burton?—preguntó ofreciéndole una silla y acomodándose en un sillón.—Mister Burton me quería visitar ayer noche; luego le esperé esta mañana, pero en vano. ¿Está tal vez enfermo ó ha salido de viaje?

—Nada de eso. Me es muy penoso hablar en la forma que tengo que hacerlo, pero es fuerza que la diga toda la verdad; mister Burton ha sido víctima de un horrible crimen.

La joven lanzó un grito de horror.

Aterrada se puso de pie, y con los ojos muy abiertos preguntó al detective con voz temblorosa por la emoción:

—¿Mister Burton... muerto?... ¿asesinado?

—Sí, miss Daisy—repuso friamente el detective.—Vengo á darle esta nueva desconsoladora después de saber por mister Harvey que mister Burton era su amigo.

—Sí, mi amigo; amigo muy amable y muy bondadoso—repitió la joven sollozando y ocultando el rostro con las manos.

Un momento después se levantó sumamente agitada, empezando á pasearse por la habitación.

Por fin se detuvo delante del detective.

—¿Cuándo ha ocurrido el crimen?—preguntó.

—Supongo que hacia la una de la madrugada.

—Y ¿quién es el asesino?

—Esto es lo que hay que averiguar; he venido precisamente para ver de poner en claro el misterioso asunto.

¿Concibe usted tal vez sospechas, miss Carnegie, de alguien?

—¿Sospechas de quién puede ser el asesino?—repitió la joven maquinalmente, y deshecha en llanto.—No, sir; no acierto á comprender quién pudiera odiarle de tal suerte.

—No es solamente el odio el que impulsa al crimen, miss Carnegie; hay otras pasiones que inducen á él, como la avaricia, el miedo, los celos, etc.

Según parece, le interesa á usted mucho el hecho. ¿Quiere usted ayudarme á coger al miserable que ha atentado contra la vida de su buen amigo?

—¡Que si quiero!—exclamó Daisy con vehemencia.—¡Dios mío! Mi vida entera sacrificaré con tal de que el miserable tenga su castigo. Sí, caballero; cuente usted enteramente conmigo.

—Creo que con su cooperación no me será muy difícil descubrir al culpable—repuso Sherlock Holmes.—Creo ver bastante claro en el asunto; sólo la suplico que tenga la bondad de contestarme algunas preguntas.

—Cuantas quiera.

—Hablemos primeramente de usted misma, pero deberá usted contestarme con entera franqueza, y no ocultarme nada. Vamos á ver, miss Carnegie: ¿Quién es su padre y qué clase de relaciones le unen con mister Archibald Sullivans, el antiguo amigo de mister Burton?

La dama ruborizóse intensamente.

—Mister Holmes—balbuceó,—toda esta historia ha llegado á mi conocimiento hasta hace medio año. Hasta entonces había creído que mis padres habían muerto, y estaba en la creencia de que lord Herbert Sullivans, que no había casado, era mi padre adoptivo.

A su muerte, hace unos seis meses, su abogado, mister Burton, me manifestó que lord Herbert era mi verdadero padre, y que yo soy el fruto de ciertas relaciones amorosas entre él y una tal miss Lucy Carnegie, que murió poco después de darme á luz.

Al leer el testamento de lord Herbert, me dijo además mister Burton que en mis primeros años fui educada por la familia del portero del castillo, pero que luego fui internada en uno de los mejores colegios de Suiza, siempre bajo la vigilancia del lord. Este me dió una fortuna de 5,000 libras esterlinas, pero todas las propiedades así como una fuerte cantidad, cayeron en manos de mi sobrino, lord Archibald Sullivans, último descendiente de la familia de este nombre.

Ante estas revelaciones, quedé sumamente sorprendida.

Según había oído decir á mi padre, que me visitaba con frecuencia en el colegio, Archibald Sullivans es hombre muy dado al vicio y despilfarrador. En su juventud tuvo que huir á América y yo le suponía ya muerto desde muchos años.

—En efecto; tenía usted motivos para quedar sorprendida—repuso Sherlock Holmes pensativo.

¿Cuándo falleció lord Herbert?

—El cinco de octubre del año pasado.

—¿Cuándo regresó de América el sobrino?

—Creo que en septiembre. Mi padre entonces me escribió una carta; estaba muy indignado.

—Dígame usted, miss Carnegie, ¿cómo habló á usted su amigo y consejero mister Burton sobre el inesperado regreso del sobrino?

—De una manera muy singular. Me dijo que era muy significativo que después de una ausencia de tantos años, hubiera vuelto Archibald Sullivans, precisamente cuatro semanas antes de la muerte de su tío; como si hubiera previsto la muerte. Conviene añadir que mi padre gozaba de muy buena salud, y que su fallecimiento repentino nunca ha sido satisfactoriamente explicado.

Burton no parecía estar muy satisfecho de la vuelta de su antiguo amigo. Su amistad no era más que ficticia, pues sé que en el fondo Sullivans era enemigo de Burton. Ayer mismo me dijo éste que estaba decidido á aprovechar la primera oportunidad para romper con Archibald.

Recientemente Sullivans hizo circular especies tan falsas como injuriosas respecto á mis relaciones con mister Burton. Noş ha ultrajado á los dos.

—Está bien; yo castigaré á ese infame—me dijo mister Burton indignado.—Esta noche me visitará con Flynn y Harvey y arreglaremos nuestras cuentas. Creo que ese infame no tiene motivo alguno para manchar tu buen nombre y tu honor, Daisy, tanto menos cuanto que si se hubieran hecho las cosas como era debido, hubieras sido tú y no él la heredera universal.

Supliqué á mister Burton alguna explicación de sus últimas palabras, pero se limitó á contestarme:

—Día llegará en que te pondré al corriente de cosas que te sorprenderán. No quisiera morir con el secreto respecto á Archibald Sullivans y su cómplice. Quiero sólo esperar el resultado de mi entrevista con Sullivans y luego, quizá esta misma noche, te daré explicaciones.

Después de esto mi amigo me aseguró que vendría á mi casa ayer por la noche, entre diez y media y once y me suplicó que le esperase.

—¿Y desgraciadamente le ha esperado usted en vano?—preguntó Sherlock Holmes que se interesaba más y más por la joven y su asunto.—Mi opinión es que mister Burton no salió de su casa ayer noche.

—No sabe usted, mister Holmes, cuánto he sufrido ayer noche—exclamó la joven.—Devorada por la im-

paciencia, estuve esperando á mister Burton; pasaron las diez, las once y las doce sin que viniera.

Entonces ya no pude esperar más.

A pesar de lo avanzado de la hora, y del tiempo de-  
testable, salí de casa después de media noche para di-  
rigirme á Bakerstreet, núm. 14.

Necesitaba conocer el resultado de la entrevista de  
mister Burton y Archibald.



Ya comprenderá usted que esperaba con impacien-  
cia las explicaciones que mi buen amigo me prometió  
por la mañana.

—¿Y dice usted que salió á pesar del mal tiempo?  
—preguntó el detective.

—Sí, caballero; daba la una cuando llegaba delan-  
te de la casa de Bakerstreet, la cual hallé cerrada, con  
gran asombro mío.

En cambio encontré este objeto.

Miss Daisy abrió uno de los cajones del escritorio,

mostrando á Sherlock Holmes un billete de cinco li-  
bras.

Encontré este billete delante de la puerta de la casa  
número 14.

—Un hallazgo de la mayor importancia—repuso el  
detective examinando el papel.—Haga el favor de pres-  
tármelo, pues nos ayudará á encontrar al criminal.

¿No recuerda usted, miss Carnegie, haber descu-

bierto nada más de importancia cerca de aquella casa?

—Estaba indecisa sin saber qué partido tomar, y  
así permanecí como media hora paseándome por delan-  
te de la puerta; por fin me decidí á volver á casa, pero  
en aquel momento vi llegar corriendo un hombre como  
procedente de Marybone Lane.

En el primer momento creí que era mister Burton,  
pues llevaba su paraguas que reconocí por el puño do-  
rado.

Sin embargo, me fijé más en el individuo y recono-

cí entonces, con toda exactitud, por su manera de andar, que no era otro que Sullivans, el lord.

—¿Qué lord?—preguntó vivamente el detective.—  
;Oh, miss Carnegie! esto corresponde de un modo extraño á mis combinaciones. ¿Vió usted si el hombre llevaba zapatos de goma?

—No puedo decirlo, mister Holmes.

—¿Y sobretodo?

—No; de esto estoy segura; llevaba levita negra.

—Muy bien. ¿A qué hora le vió?

—A la una y media ó poco más.

—¿Y no siguió usted al hombre para ver dónde iba á hora tan avanzada?

—Desgraciadamente, no; volví á casa.

—Lástima, lástima grande. Pero permítame una pregunta aun.

¿Quién es el hombre con el cual me ha confundido usted al llegar? ¿Por qué le teme usted?

—Si no me engaño, es el mismo individuo que he visto ya en compañía de lord Archibald. No sé quién es ni qué hace, pero tengo motivos para temerle. Me parece que me está vigilando y me sigue los pasos.

¿Y sabe usted dónde le vi por primera vez, mister Holmes?

—No.

—El mismo día que fué abierto el testamento de mi

padre, en el castillo de Sullivans, cerca de Hampstead. Juraría haber visto allí su cara pálida detrás de una cortina, mientras mister Burton nos leía á Archibald y á mí el texto de las disposiciones testamentarias.

Advertí á los dos, pero por más que buscaron detrás de las cortinas no encontraron al sospechoso, riéndose de mis recelos. Sin embargo, insisto aún ahora en que le vi.

—Es muy posible. El viejo castillo, que no conozco más que exteriormente, debe ofrecer numerosos rincones donde ocultarse un hombre. ¿No le parece á usted?

—Perfectamente, mister Holmes; en aquel edificio hay un laberinto de secretos.

—En tal caso, tal vez tengamos que visitarlo juntos pronto; es posible que los asesinos se escondan allí.

Le recomiendo un poco de paciencia, miss Carnegie; les descubriremos, pero no podemos perder de vista á Archibald ni al otro que tanto se parece á mí.

Vivo frente á la casa número 14 de Bakerstreet, donde me encontrará fácilmente. Cuando le ocurra algo ó tenga usted alguna comunicación importante que hacerme, venga á verme; meditaremos juntos sobre lo que convenga hacer. Por lo demás, debe usted guardar silencio y reserva absoluta. Hasta que nos veamos otra vez, miss Carnegie.

Sherlock Holmes tomó el sombrero, apretó la mano de la bella y salió.

## CAPITULO IV

## Noticias inesperadas

Cuando Sherlock Holmes se acercaba á su casa en Bakerstreet, tuvo la satisfacción de dar con un conocido, un tal mister Eagle, policía que prestaba servicio nocturno en el barrio á que la casa del detective pertenecía.

—Buenas noches, mister Eagle. ¿Cómo va?—exclamó el gran detective.—Me viene usted muy á propósito.

—Ya me lo figuraba, mister Holmes—repuso el astuto policía.—Tenía intención de ir á verle; no siempre es conveniente decirlo todo á ciertos señores de nuestro instituto, ¿no es verdad?

—Entiendo y estoy de acuerdo, mister Eagle. Me mostraré agradecido si me trae usted noticias. ¿Sabe usted algo del crimen de mister Burton?

—Por él me encuentra usted aquí precisamente. Pero vamos á entrar un ratito en esa taberna. Usted me pagará una copa y yo le pondré al corriente de todo lo que sé, que me parece interesante.

Si se lo digo á mister Holk, lo echará todo á perder. Prefiero entenderme con usted.

—Entremos, pues—repuso el gran detective sonriendo.—Además de que no me importa gastar algunos chelines, tengo una verdadera satisfacción en hablar con usted. ¿Ha estado usted en Scotland Yard?

—Naturalmente; están furiosos; lo sé todo. Figúrese usted que un dentista de Manchester Square se ha presentado espontáneamente al jefe, diciendo que mister Burton le visitó á la una y cuarto, según me ha manifestado Holk.

—¿Cuál es la declaración que ha prestado el dentista?

—Que mientras él estaba en un baile, que le retuvo hasta las tres de la madrugada, hora en que regresó á su casa, le visitó un paciente á la una y cuarto para que le arrancara una muela.

—De esto no se desprende que el paciente haya sido Burton.

—Pero es que cansado de esperar, el paciente en

cuestión se marchó, olvidando en la sala de espera del dentista los zapatos de goma y el sobretodo, en uno de cuyos bolsillos han encontrado cuatro billetes de á cinco libras.

—¡Hola, hola!—exclamó el detective.

—Ya sabe usted que en la habitación de Burton no se encontraron ni los zapatos ni el abrigo. Holk está convencido de que á pesar de los reparos de usted, el muerto había salido de su casa aquella noche.

Pretende también que el abogado no fué asesinado, sino que se cortó el cuello en un acceso de dolor por el sufrimiento de la muela.

—¡Admirable!—dijo Sherlock Holmes soltando una carcajada.—¿Y qué dice mister Mac Gordon á esto?

—Está conforme con la opinión de Holk. Según éste me dijo, el inspector Gordon pronunció las siguientes palabras: «Ese Sherlock Holmes quiere siempre saberlo todo mejor que nosotros, pero esta vez se queda con las ganas. Amigo Holk; esta vez es usted vencedor. Duro con el asunto».

¿Qué puede significar que el vestido y los zapatos estuvieran secos?

El paraguas que hemos encontrado, bastaba para que no se mojara y en cuanto á las botas, se habrán secado durante la noche.

Esto es muy sencillo.

Además, mistress Bassless ha declarado que mister Burton padecía con frecuencia dolor de muelas. Esta noche debe haber tenido un ataque, ha recogido el dinero de la mesa y ha ido á casa del dentista para hacerse arrancar la muela ó muelas que le molestaban. Sin saber lo que hacía, desesperado por los fuertes dolores, ha olvidado sus prendas en casa del dentista, ha llegado á casa y en el colmo de la desesperación, ha puesto fin á sus días.

—Sus noticias, amigo—dijo Sherlock Holmes,—me interesan en gran manera. ¿Sabe usted algo? ¿Pa-

só usted ayer noche por Bakerstreet y no le llamó nada la atención?

—Ya lo creo—contestó el policía dándose cierta importancia.—¿Pues si aun no sabe usted lo mejor!

—Pues hable, amigo; tengo curiosidad de saber si lo que va á decirme es lo mismo que supongo.

—Pues atención, mister Holmes:

Podían ser las doce y media ó la una menos cuarto, cuando por segunda vez pasé por cerca de su casa de usted, mas como llovía á cántaros, me metí en un portal esperando que cesara.

Al poco rato, y desde allí, vi que la puerta de la casa número 14 se abría.

—¿Canastos!—me dije.—¿Quién será capaz de echarse á la calle con este tiempo de perros? ¿Será el médico que vive en esa casa y que va á visitar á algún enfermo?

Con gran curiosidad atravesé la calle para ver la cara del hombre, y éste procuró ocultarse con el paraguas para que no le viera.

—¿Pudo usted reconocerle?

—No, mister Holmes, pero me pareció sospechoso. Y lo que más me llamó la atención, fué la prisa que debía llevar, pues cuando me disponía á dirigirle la palabra, ya había desaparecido á mi vista. En el mismo instante se me ocurrió la idea de que antes de entonces debía haber visto á aquel hombre que andaba con gran dificultad, aunque no por eso, era perezoso en correr. En fin, me convencí de que lo había visto quince minutos antes, que venía en dirección opuesta, dirigiéndose á Bakerstreet, número 14, con la sola diferencia de que entonces no llevaba paraguas con el puño dorado, ni sobretodo de color claro, ni zapatos de goma, ni sombrero, sino sencillamente una gorra.

Reconozco que cometí una gran barbaridad dejando que aquel hombre escapara, pero hecho está ya y á lo hecho, pecho.

Estuve buen rato escuchando delante de la casa número 14 por si oía algún ruido sospechoso, pero ante la inutilidad de esta precaución abandoné aquel lugar.

Pero volví una hora más tarde, entre las dos menos cuarto y las dos, y entonces... ¿qué dirá usted que vi entonces, mister Holmes? Figúrese usted mi sorpresa, mi asombro, cuando por tercera vez me encontré con el desconocido sospechoso, pero entonces no llevaba sobretodo ni zapatos de goma; solamente una levita negra y una gorra.

Mi hombre echó á correr como un gamo á pesar de

su pierna coja, á lo largo de Bakerstreet hacia Marybone Road.

Entonces me impuse el deber de cogerlo.

Y... ¿sabe usted, mister Holmes? Estoy gordo y ando torpe... pero cuando me parece bien, echo á correr con más ligereza que un flaco. Salí escapado detrás del hombre; pasamos por Marybone Road, doblamos la esquina de Edward Road y seguimos uno detrás del otro hasta la plaza de Connaught.

Aquel maldito me hizo sudar de veras, pero llegamos á la plaza sin haberle perdido de vista.

Allí se detuvo un instante, creí que para tomar aliento, pero me equivoqué.

Un tercero apareció, dejando tan sorprendido á él como á mí.

Nunca, mister Holmes, nunca me hubiera figurado cosa parecida...

—¿Pues dé qué se trata?—preguntó el detective mientras Eagle se interrumpía para apurar el vaso.

—Que dudo que existan dos hombres en el mundo que se parezcan tanto como ese tercero y usted; al ver que se acercaba al fugitivo, le grité: mister Holmes, préndale, préndale usted.

—Pero esto es imposible, amigo—repuso el detective sonriendo.—¿Por qué gritaba usted tanto? ¿Se parece tanto á mí ese hombre?

—Exactamente, es su mismo retrato sin quitar punto ni coma. El supuesto mister Holmes echó á correr detrás del fugitivo, pero me disgusté porque ni siquiera se dignó usted contestarme.

Por fin, cuando vi que los dos se alejaban hacia Park Lane como los mejores amigos, comprendí que me había equivocado.

—¿Y no prendió usted á ninguno de los dos?

—Por desgracia, no, mister Holmes; era imposible. Pronto pasaron á Greenstreet y cuando llegué á ella, habían ya desaparecido.

De todos modos cuando esta mañana he sido llamado á declarar á Scotland Yard, entonces he comprendido quién era el cojo.

Al mostrarme el sobretodo y los zapatos de goma que había dejado en la delegación de policía el dentista, comprendí que pertenecían al mismo sujeto misterioso.

Como usted comprenderá, de todas mis observaciones no he dicho una palabra en Scotland Yard. Sería una vergüenza para mí y un motivo de burla para todos, saber que un criminal que me ha pasado tres veces por delante de las narices, se me ha escapado.

—¿De manera que usted se figura que el cojo es el criminal?

—Esto es evidente—contestó el policía con naturalidad.

—Pues creo, amigo, que tiene usted razón; participo de su opinión y voy á decirle cómo puede haber sucedido todo.

El hombre á quien vió usted primeramente, hacia las doce y cuarto, vestido de levita, sin zapatos de goma, paraguas ni sobretodo, se fué á Bakerstreet, número 14, ni más ni menos que para cometer el asesinato.

Cuando le vió usted por segunda vez salir de la misma casa, entre doce y media y a menos cuarto, provisto de sobretodo, sombrero, zapatos de goma y paraguas con puño dorado, había cometido el crimen y se sirvió de las prendas del muerto para hacerse pasar por él. Entonces se habrá dirigido á Manchester Square, á la casa del dentista, donde, para despistar á la policía, ha dejado el sobretodo con los billetes de Banco que poco antes estaban en la mesa del abogado y los zapatos de goma; volvió finalmente á Bakerstreet para dejar paraguas y sombrero y hacer creer que mister Burton había salido de casa.

Finalmente al salir de la casa del crimen, con su levita y su gorra, le vió usted por tercera vez.

Lo único verdaderamente sensible es que no le haya usted alcanzado.

—No es sensible, porque de esta manera tendrá usted algo que hacer—replicó mister Eagle.—Cuando menos he podido hacerle algunas indicaciones que le servirán, á no dudarlo, para prender al criminal.

—Efectivamente; sus indicaciones completan la cadena de mis pruebas y combinaciones. Beba usted otro ponche, que bien lo merece. Lo demás corre de mi cuenta.

El gran detective levantóse despidiéndose del policía y encaminándose á su casa para saber lo que Harry había averiguado entre tanto.

Con gran expectación entró en su despacho, pero quedó sorprendido viendo que Harry no estaba allí.

Para aprovechar el tiempo mientras esperaba á su fiel ayudante, se entretuvo el detective en recapitular sus averiguaciones haciendo combinaciones para averiguar los motivos que podían haber inducido al criminal á cometer tan horrible atentado.

Recordando detalladamente las declaraciones de miss Daisy Carnegie, llegó pronto á la convicción de que Burton había sido asesinado para ocultar una estafa, que tal vez la misma víctima había facilitado.

Según la opinión del detective, Burton y Archibald Sullivans habían falsificado el testamento de lord Herbert Sullivans en favor de Archibald y en perjuicio de miss Daisy.

Burton, cuya amistad por miss Daisy llegó á convertirse en sincero cariño, debía sentir remordimientos, al paso que Archibald, temiendo que su cómplice traicionara el secreto, había decidido asesinarle.

—Antes de cometer el hecho, Archibald había tenido evidentemente una entrevista con Burton para disipar sus escrúpulos, pero en vista de que nada conseguía, lo mejor era hacerle desaparecer cuanto antes.

Como tanto Burton como Flynn y Harvey estaban algo ebrios, no debía haber sido difícil para el criminal penetrar en las habitaciones del primero, mientras que los otros dos amigos no sospechaban probablemente los horribles planes de Archibald.

El pintor Harvey debía haber bebido bastante para no darse cuenta de que el lord volvía seguidamente á la casa de Burton para cometer el asesinato y hacer luego las manipulaciones con las prendas del infeliz, con lo que ha conseguido su objeto: despistar á las autoridades.

No cabe duda; lord Archibald Sullivans, que seguramente se apoderó de la inmensa fortuna de su tío gracias á una falsificación, es el asesino.

Pero ¿qué papel habrá desempeñado en el drama el peluquero Alan Grip?

Seguramente fué cómplice de Archibald y de Burton.

Miss Bassless ha dicho muy claramente que Burton temía al peluquero. Le había parecido que Grip era consabidor de algún secreto de Burton.

En el acto de la apertura del testamento, en el castillo, miss Daisy creyó ver al hombre maldito y Eagle le vió también ayer en compañía de Archibald.

Entretanto el detective esperaba con impaciencia la vuelta de Harry para conocer el resultado de su gestión.

Inquieto por la tardanza se acercó varias veces á la ventana, pero su amigo no aparecía: ya había oscurecido. ¿Le habría ocurrido algo?

## CAPITULO V

## El secreto sorprendido

No tardó Harry Taxon en llegar con su traje de campesino, á la peluquería de Alan Grip en Greenstreet.

Apenas entró en la tienda, todos los que en ella estaban soltaron una carcajada ante la figura del supuesto campesino.

Con una torpeza verdaderamente risible, empezó por introducir en la tienda su respetable trasero, tropezó con una silla, y hubiera derribado un paraguero si mister Grip no hubiera corrido á sostenerlo.

—Hola, buenos días—exclamó el patán riendo estúpidamente.—¿Se pueden comprar perfumes aquí? Mi novia, ya sabe usted, la Milly, quiere algo que huelo bien. Le gusta mucho el perfume.

—Aquí tenéis, buen mozo, un gran surtido de esencias—contestó Alan acompañando al campesino ante un gran armario.

Pero cuidado con romperme ningún frasco; todos mis artículos son de primera calidad, y le costaría pagar su importe.

—¿Qué diablos está usted diciendo?—dijo riendo Harry al tiempo que golpeaba su bolsillo.—Aquí hay oro; para mi Milly no me importan los dineros.

Con rara inteligencia escogió luego algunos frascos entre los mejores.

Pagó lentamente y examinó con atención las navajas sin que el barbero se diera cuenta de ello.

Luego, poniendo una cara estúpida, preguntó:

—¿Está muy lejos de aquí Hyde Park?

La contestación del barbero le dejó altamente satisfecho.

—No; está muy cerca, joven. Si quiere usted le acompañaré, pues tengo algo que hacer allí. ¿Quiere usted venir conmigo?

—Se lo agradeceré—contestó Harry.—Tengo allí

una cita con mi novia que vive aquí, en Londres, en casa de un lord y me espera en el Marble Arch.

—Esto es el Arco del Triunfo, situado en la parte norte del parque. Vamos.

Harry Taxon se despidió de todos, provocando de nuevo la hilaridad general, y se dispuso á acompañar al peluquero.

Como recién llegado del campo, lo examinaba todo con gran curiosidad, deteniéndose en cada escaparate.

Grip, por el contrario, tenía mucha prisa por llegar á Park Lane. Cuando por fin se acercaban al colosal portal de Hyde Park, llamado el Marble Arch, Harry quedó tan maravillado, hizo tales aspavientos al ver el monumento, que Grip no podía menos de soltar sonorosas carcajadas.

Pero á pesar de que el campesino divertía bastante á su acompañante, éste no debía tener más tiempo para dedicarle.

Aun antes de llegar al gran arco, le dijo mostrándole:

—Bueno, compañero; ahora tendrá usted que guiarse por sí mismo. Ahí está el Marble Arch; á divertirse y recuerdos á la novia.

—Gracias; no tardaré en encontrarla.

Después de esto se acercó al monumento.

Alan Grip le siguió con la vista durante algunos momentos; después se encaminó hacia Lane Park.

No se había dado cuenta de que un instante después se había vuelto el torpe campesino y le seguía los pasos de muy cerca.

Alan Grip se detuvo ante un magnífico palacio, situado en la esquina de las calles Park Lane y Southstreet, y abriendo una pequeña puerta de escape, penetró en el suntuoso edificio.

Harry pasó por delante del mismo palacio, convencido por una mirada á la placa de la puerta, que

era de lord Sullivans. Seguramente Grip era el peluquero del lord y volvería á salir dentro de pocos momentos.

Pero Harry se quedó sumamente sorprendido al ver que al cabo de pocos minutos volvía á salir el sospechoso Grip en compañía de un elegante caballero, que aparentaba unos treinta y cinco años de edad; seguramente el mismo lord.

Este cojeaba un poco.

Sus facciones eran sombrías; parecía hondamente preocupado.

Por la manera de hablar podía colegirse, además, que estaba de un humor de perros.

Grip, en cambio, estaba animado y al parecer sumamente satisfecho.

Sin que el lord le viera, Grip se sonreía de una manera harto extraña.

—Quedamos, lord—oyó decir Harry á Grip cuando la pareja pasaba muy cerca de él sin observarle,—en que si no puede ó no quiere usted escucharme en su casa de Londres, le seguiré á Sullivans House en Hampstead.

Tenga usted entendido que si no accede usted á mis justos deseos, le seguiré donde quiera y le fastidiaré.

Si no tiene usted el dinero aquí, lo tendrá en el castillo...

—Infame, vampiro—gritó el lord.

—Cuidado con las palabras, lord, que de usted á mí no va mucha diferencia.

Como Harry había escuchado perfectamente estas palabras, decidió no perder de vista á los desavenidos.

Se acomodaron en un automóvil para dirigirse á Hampstead, pero un instante después Harry subía á otro, prometiendo al *chauffeur* una propina igual al precio de la carrera, si seguía al primero sin perderle de vista y sin llamar la atención de los que en él iban.

El joven detective tuvo la suerte de dar con un *chauffeur* listo.

Este dirigió el vehículo con tal habilidad, que los que iban en el primero no pudieron darse cuenta de que eran perseguidos á bastante distancia.

El primer auto detúvose cerca de Hampstead, delante del portal posterior de un parque que correspondía á un castillo muy antiguo y de gran extensión. El segundo automóvil pasó por el mismo camino, que pa-

recía ser muy poco frecuentado, y siguió adelante, como si se dirigiera al pueblo.

El lord y Grip miraron extrañados al segundo coche, pero no concibieron sospechas, pues vieron que iba vacío. Harry se había ocultado.

Los dos, pues, entraron en el parque sin ver que algo más lejos Harry hacía parar el coche, del que se apeó, ordenando al *chauffeur* que siguiera en la misma dirección.

Después de entrar en el parque, el lord cerró la puerta.

Harry esperó un momento, transcurrido el cual se acercó á la misma puerta, sacó sus ganzúas con ayuda de las cuales podía abrir cualquier cerradura, y quiso seguir á los sospechosos, pero tuvo que desistir de su primer intento puesto que la puerta había sido cerrada interiormente con alguna aldaba. No le quedaba otro recurso que escalar el muro con la escalera de cuerda que á previsión llevaba siempre en el bolsillo.

La escalera era bastante larga.

Harry arrojó uno de los extremos á lo alto del muro, enganchándolo con los hierros que allí había, de manera que en vez de impedir éstos que se penetrara en el parque, facilitaron el escalo al joven detective.

Ya en el parque, el joven se ocultó detrás de un grupo de árboles esperando algunos minutos por si alguien le había visto.

Pero no pudo oír nada sospechoso; la más absoluta tranquilidad reinaba en aquel vasto paraje.

Con gran precaución se deslizó hasta el castillo.

La puerta de entrada no estaba cerrada; el lord debía haberse olvidado de cerrarla.

Harry Taxon detúvose algunos instantes delante de la puerta.

Desde allí oyó una conversación bastante acalorada que se sostenía en el primer piso.

Era evidente que los cómplices reñían.

Sin pérdida de tiempo entró Harry en el oscuro pasillo donde no sin dificultades encontró una escalera.

Después de escuchar breves instantes subió rápidamente, produciendo bastante ruido en la escalera, ya muy vieja. Luego se encontró en un largo y obscuro corredor que debía extenderse por toda la anchura de la fachada posterior del edificio.

En el corredor había varias puertas, una de las cuales debía conducir á la habitación en que tenía lugar la disputa.

Harry se acercó con prudencia.

Buscó en vano un sitio que pudiera ofrecerle un escondite seguro en el corredor, en vista de lo cual decidió arriesgarse á penetrar en una habitación, si era posible la contigua á la en que se encontraban los dos hombres, para desde allí escuchar y no ser visto si salían al corredor.

Sigilosamente se deslizó, pues, Harry al interior de una habitación, cuya puerta estaba entornada.

Las tupidas cortinas de seda corridas ante la ventana, dejaban la estancia en la penumbra.

El corazón le latía con violencia. Al abrir la puerta había producido un ruido bastante estridente, de modo que si no se hubieran querellado el lord y Grip, seguramente lo hubieran oído.

Había una puerta por la que podía pasarse á la habitación del lado.

A juzgar por el mobiliario, presumió Harry que el cuarto en que se encontraba, había de ser un gabinete de estudio ó un despacho.

Cerca de la ventana había un escritorio muy antiguo y un sillón de la misma antigüedad. En las paredes había armarios, librerías y estantes.

Harry Taxon se acercó á la puerta que daba al cuarto vecino, pudiendo convencerse de que los desavenidos eran, en efecto, el lord y el peluquero.

Ocultóse detrás de una de las gruesas cortinas para oír sin ser visto.

—Estoy ya harto de oír sus necesidades—exclamó furioso el lord.—Es usted un impertinente y un sinvergüenza. Tiene usted una codicia insaciable, pero no voy á arruinarme por usted. ¿No le bastan las cantidades enormes que ha recibido usted ya?

—De ningún modo; no pido más que la mitad del beneficio; es lo que me corresponde con igual derecho que á usted—replicó Grip cerrando la ventana que daba al parque.

Usted no tiene más derecho que yo—prosiguió;—y usted sabe muy bien que la verdadera heredera universal de los bienes y la fortuna de lord Herbert es miss Daisy Carnegie, su hija natural.

Lo que hay es que ha sabido usted aprovecharse de

los apuros pecuniarios de Burton para inducirle á falsificar el testamento.

Lord Herbert, confiando ciegamente en su procurador Burton, y ya en sus últimos momentos, renunció á leer por sí mismo las cláusulas testamentarias, y Burton le leyó otro texto conforme á sus deseos.

Ya ve usted, pues, que he tenido ocasión de vigilarle en sus manipulaciones y si asesinó usted ayer noche al abogado, no fué más que para deshacerse de un cómplice que empezaba á sentir remordimientos.

Por consiguiente está usted en mi mano enteramente.

—¡ Ah, infame, traidor! —exclamó el lord.— ¿ Y quién me dió el consejo, quién me indujo á falsificar el documento, quién me indujo á asesinar á Burton sino usted? Usted, Alan Grip, usted es el miserable. Sin usted Burton viviría aún, pero con sus intrigas ha sabido usted hacerle arrepentir para que me denunciara á los tribunales, por lo que no me quedaba otro recurso que acabar con él.

Ahora comprendo, vil, por qué desde hace algún tiempo procura usted hacerse amigo de Daisy.

¿ Cree usted, Alan Grip, que no estoy enterado de que ha sido durante muchos años el peluquero del lord, mi tío, y que le ha asesinado usted después que Burton y yo accedimos á sus insistencias respecto á la falsificación?

—¡ Ja... ja... ja!... usted no puede demostrar lo que dice—replicó triunfante el peluquero.—Ni aun cuando sacaran al lord de su sarcófago, los más eminentes químicos del mundo, no podrían demostrar la causa de la muerte. He sido más prudente que usted. El medio de que yo me sirvo para hacer morir á las personas que me conviene, no es aún conocido de la ciencia médica. Sepa usted que me valgo de una solución de cianuro y de cacodilo; el que aspira el frasco en que conservo esta mezcla deja de existir instantáneamente y no deja la menor huella.

No tengo yo necesidad de poner en escena tanta comedia como usted para engañar á las autoridades. ¡ Oh, noble lord! todas sus manipulaciones de ayer, la comedia del sobretodo, los zapatos de goma, el sombrero y el paraguas mojados, así como la manera cómo colocó la navaja en la mano del muerto, no son bas-

tantes á convencer á la policía de que se trata de un suicidio, tanto menos si yo digo dónde hay que buscar al criminal.

¿Quiere usted cederme ó no la mitad del botín?

—Jamás, jamás. Me río de sus amenazas. No, no podrá usted perjudicarme porque no puede usted olvidar que un volcán arde á sus pies.

—Sea usted razonable, lord Archibald. No tiene usted que hacer más que ir al cuarto de música. Yo sé perfectamente dónde guarda usted el dinero y dónde está el testamento falsificado con los nombres substituidos.

—No hable usted en vano, querido... Todo es inútil; nada obtendrá usted.

El peluquero lanzó un rugido de fiera y dió un salto hacia la puerta del despacho; luego oyó Harry que ambos luchaban á brazo partido delante de la puerta, á dos pasos de él.

Poó después oyó que alguien cerraba aquella puerta con llave; probablemente había sido el lord.

Los dos hombres salieron luego al corredor.

Otra vez se entabló una lucha ante la otra puerta del despacho, la que había dado paso á Harry. Después de breve lucha, el lord consiguió también impedir que el peluquero penetrara en la habitación, y cerró la segunda puerta también con llave.

—Está bien —exclamó enfurecido Grip.— Ya no quiero reñir más con usted, pero le advierto que si mañana á las diez de la misma, no se presenta usted en mi establecimiento para entregarme personalmente la cantidad pedida, á la misma hora avisaré á la policía para que le detengan.

Y tenga usted muy en cuenta que no le guardaré ninguna clase de consideraciones.

Rápidamente el peluquero bajó la escalera mientras el lord retrocedía para entrar en el despacho.

## CAPITULO VI

## Un apuro de Harry Taxon

Durante algunos minutos oyó Harry como el lord se paseaba nervioso por el corredor lanzando de vez en cuando exclamaciones de coraje, amenazas y maldiciones.

Por fin pareció tranquilizarse un tanto.

De repente sus pasos se acercaron a la puerta del despacho.

Harry Taxon, que se había atrevido a salir de su escondite, tuvo que ocultarse rápidamente detrás de las cortinas.

No bien se hubo ocultado, el lord entró en la habitación.

Seguidamente avanzó hacia el escritorio.

—¡Rayo de Dios!—exclamó cerrando los puños.— ¡Esto es más obscuro que la boca del infierno que me trague! Voy a retirar las cortinas...

Y con un rápido movimiento descorrió la pesada cortina.

Reteniendo el aliento, Harry procuró apretar el cuerpo junto al muro.

El joven creyóse descubierto cuando sintió que el lord le tocaba la mano, pero estaba tan preocupado, que no se fijó en ello.

Harry se mordió los labios.

Con el mayor interés seguía los menores movimientos del lord.

Este tomó un llavero, y con la llave más pequeña abrió seguidamente el escritorio.

Abrió un cajón secreto del que tomó algún objeto.

Harry pudo ver que al retirar la mano, tenía en ella un fajo de billetes de Banco.

Los guardó en el bolsillo, repitiendo esta operación por tres veces.

Se disponía a cerrar el escritorio, pero debió ocurrirle una idea de pronto.

—¡Demonio!—murmuró.—No voy a dejar aquí el testamento; tengo que llevármelo también.

Abrió varios departamentos del escritorio, pero por más que buscó no pudo dar con el documento que tanto le interesaba.

—¿Será posible que me equivoque?—dijo entre dientes.—¿Lo habré guardado en otro sitio? ¿Dónde estará?

Después de meditar algún rato, volvió a cerrar el escritorio.

Luego se dispuso a salir de la habitación, pero antes de que pudiera hacerlo, Harry dió un salto, y cogiendo al lord por detrás, quiso arrojarle al suelo.

Sin darse cuenta, le había ocurrido la idea de apoderarse del criminal.

No cabía duda de que el asesino se había guardado todo el dinero para fugarse, y era necesario que aquel hombre cayera en manos de la autoridad.

El lord lanzó un grito de espanto.

Furioso trató de deshacerse de su agresor.

Entre ambos se entabló una lucha cuerpo a cuerpo que no podía durar mucho.

Harry Taxon le tenía fuertemente asido y no quería soltarle.

Por fin, con un rápido movimiento le cogió el cuello con ambas manos haciéndole entonces rodar al suelo, pero con tan mala fortuna que él cayó también, circunstancia que no dejó de aprovechar el lord para ponerse encima de su adversario.

—¡Hola, infame espía!—gritó cogiendo a su vez a Harry por el cuello.—Eres un traidor, has oído lo que hemos hablado y tienes que morir.

Y diciendo esto apretaba más y más el cuello al joven detective.

Harry creía llegado su último momento; los ojos

le salían de las órbitas, la cara estaba enrojecida y empezaba á faltarle el aliento.

Pero otra idea debió ocurrírsele al lord.

—No—exclamó;—puedes vivir aún. Quién sabe si puedes servirme para tenerte en rehenes si por desgracia la policía me coge.

Soltó á Harry que estaba medio desmayado, y se acercó á la ventana cortando los cordones de seda de las cortinas para sujetar á Harry.

Le ató brazos y piernas con tanta fuerza, que el dolor hizo volver en sí al detective.

El lord le introdujo seguidamente un pañuelo en la boca.

—Bien—exclamó satisfecho,—por de pronto eres mi prisionero. De momento no te molestaré, pues tengo otros quehaceres que me importan más que tú, pero á mi vuelta te llevaré á un sitio más apropiado, donde los ratones te harán compañía. Divertirse, amigo.

Hasta la vuelta—añadió al llegar á la puerta.

El lord se había convencido de que las ataduras estaban bien hechas, y salió de la habitación cerrándola bajo llave.

Harry oyó al lord bajar la escalera; luego reinó silencio absoluto en el castillo. Sólo oía el murmullo de los árboles del parque, agitados por fuerte viento.

---

## CAPITULO VII

## En situación desesperada

Después que Sherlock Holmes se hubo alejado de la casa de Daisy Carnegie, ésta permaneció largo rato sin darse exacta cuenta de lo que había ocurrido, pero poco á poco fué comprendiendo su verdadera situación y la desgracia que para ella suponía la muerte de su amigo.

Torturada por el dolor, entregóse á la desesperación llorando y mesándose el cabello con amargo desconsuelo.

Amaba sinceramente á Ricardo Burton; le profesaba una amistad verdadera, un afecto puro.

Por fin se tranquilizó algo, cuando menos en apariencia.

Un sentimiento de profundo odio para el infame desconocido que le había privado del único amigo, llenó por completo su alma. Para ella, Burton hubiera sido un segundo padre.

Estaba decidida á vengar al muerto; las infamias deben castigarse.

Ahogó, pues, el dolor y empezó á meditar con toda energía. ¿Dónde podría encontrar al culpable?

Excitando la imaginación, recordó la extraña tristeza que se había apoderado de Burton, y la cual era manifiesta hasta en su misma presencia. Recordó también las palabras que alguna vez había pronunciado su amigo relativas á Archibald Sullivans, y que tanto le comprometían.

Por fin llegó al convencimiento de que Archibald Sullivans había cometido una gran estafa, que había robado la herencia que á ella correspondía, y que quizá había hecho de Burton su cómplice.

En caso de que acertara en sus combinaciones, el suceso se presentaba bastante comprensible y en tal caso Archibald era culpable de la muerte de Burton.

Entonces comprendió también la dama las insinua-

ciones de Sherlock Holmes respecto al sobrino de su padre.

Sí, quería, estaba decidida á descubrir al criminal.

La promesa que había empeñado á Sherlock Holmes no serían palabras vanas; sabría cumplirla.

A la tarde del mismo día y después de proveerse de un revólver, salió de su casa la joven.

Una vez en la calle, miró á su alrededor.

¿Se encontraría otra vez cerca de su casa el hombre misterioso que tanto se parecía á Sherlock Holmes? ¿Volvería á ser perseguida por él? ¿Sin duda era un cómplice de Archibald!

La joven no vió á nadie en la calle.

—Gracias, Dios mío—exclamó levantando los ojos al cielo.—Así podré libremente empezar mis averiguaciones.

Empezaré por ir á Park Lane para convencerme de si lord Archibald está allí; en caso de no encontrarle, me dirigiré seguidamente á Sullivans House, el viejo castillo cerca de Hampstead, donde le encontraré seguramente; en este caso le vigilaré, le diré si es preciso que es el asesino y haré que le detengan hoy mismo.

Al mismo tiempo en el castillo debe encontrarse el testamento de mi padre; quiero buscarlo para descubrir la falsificación. He de ver claro en este asunto.

Daisy tomó un coche, trasladándose al palacio de Archibald en Park Lane.

A pesar de repugnarle un encuentro con el lord, se decidió á entrar. El criado la dijo que el joven lord había salido en compañía de un caballero, pero que no sabía dónde habían ido.

Luego, en el mismo coche, se dirigió al castillo, ordenando al cochero que la esperase cerca de aquél para volverla á su casa.

Desde que el castillo había pasado á ser propiedad de Archibald, Daisy no había estado en él.

La alegría de los sencillos porteros, únicos habitantes constantes del castillo, era inmensa al ver á la dama que habían educado y que tantos años había estado ausente.

Como era natural, los porteros querían hablar detenidamente con la lady y exponerla sus quejas.

Archibald les había dicho pocos días antes que dentro de muy poco tiempo podría prescindir de sus servicios, pues deseaba emplear á otro personal más joven.

Les había manifestado igualmente que á pesar de los muchos años que habían prestado servicio en el castillo, no podía pasarles pensión alguna ya que no era á él sino á su tío á quien habían servido.

Se comprende, pues, que expusieran á Daisy amargamente sus quejas.

Pero la joven escuchó sus lamentaciones con gran impaciencia, y sin interés.

Solamente parecía interesarse la dama por saber si lord Sullivans había estado en el castillo ó si estaba entonces en él.

Al saber que el lord se había marchado pocos minutos antes, se despidió de la familia diciendo que quería visitar las habitaciones donde había visto pasar su primera juventud.

Prometió á los viejos porteros hacer cuanto en su mano estuviera para que no se quedaran sin empleo, y subió la escalera apresuradamente.

Su primera visita sería para el cuarto donde lord Archibald había estudiado sus primeras lecciones y trabajado.

Subió, pues, la escalera estrecha, por el lado del parque y acercóse á la puerta del despacho.

Daisy había conservado desde su niñez una llave de aquella habitación en la que antiguamente se encontraba una selecta biblioteca.

Antes de salir de su casa tuvo la precaución de llevarse la llave, pues no ignoraba que en aquella misma habitación había el escritorio y despacho del lord, donde podría encontrarse acaso el testamento.

En el momento en que iba á introducir la llave en la cerradura, oyó que desde el interior de la habitación alguien llamaba.

Daisy tuvo un sobresalto.

Le parecía que alguien había sido encerrado en la habitación.

Esperó algunos momentos por si el ruido se repetía. En efecto, volvió á oírlo con mayor intensidad.

El encerrado parecía golpear la puerta violentamente con los pies.

Daisy llevó la mano al bolsillo donde conservaba el revólver.

A pesar del miedo que sentía, quería arriesgarse á abrir la puerta.

Resuelta, pues, dió vuelta á la llave, viendo con gran asombro á un campesino atado de pies y manos junto á la puerta.

El infeliz yacía en el suelo revolviéndose de dolor. La dirigió miradas suplicantes.

—Esta será una nueva víctima de Archibald—se dijo la joven.

Rápidamente sacó un cortaplumas y cortó la cuerda libertando á Harry.

El joven detective dió las gracias á la dama.

—Sea usted quien quiera, señorita—exclamó Harry,—me ha librado usted de un gran peligro. El que me encerró aquí es un criminal peligrósísimo.

—¿Lord Archibald Sullivans?

—El mismo; por casualidad he conocido su nombre.

—También yo le estoy persiguiendo. Me llamo Daisy Carnegy...

—¿Es usted la dama que fué engañada miserablemente por Sullivans y por Burton? ¿Qué feliz casualidad ha hecho que nos encontremos? Hace poco que he oído la conversación que han sostenido Sullivans y el peluquero sobre el complot que tramaron en compañía del pobre Burton, el cual fué asesinado ayer noche.

Vamos seguidamente á casa de Sherlock Holmes.

—¿Sherlock Holmes? ¿Por qué?—preguntó la dama extrañada.

—Porque es mi maestro. Soy también detective y estaba persiguiendo á Sullivans, que según sus propias palabras es el asesino de Burton y el que ha robado á usted su herencia.

—Vamos pues—repuso la dama.—Pero espere; aquí he venido para buscar el testamento... Su maestro me visitó esta mañana y me dió á entender que el testamento había sido falsificado, y como las palabras que

acaba usted de pronunciar parecen confirmarlo, tenemos que buscar ese documento.

—Lord Sullivans—replicó Harry—lo ha buscado en vano en este escritorio.

—Vamos, pues, á registrar algunos de aquellos libros—dijo la joven.—Me acuerdo de que mister Bur-

De repente dió un ligero grito. Había encontrado un pliego.

Era lo que buscaban; el testamento.

Un instante después la dama lo había guardado en el pecho.

—Ahora de prisa á casa de Sherlock Holmes—dijo



ton me dijo que entre las hojas de la Biblia se habían ocultado importantes documentos de familia.

Harry subió inmediatamente á una escalera de mano para alcanzar el voluminoso libro que estaba en un estante elevado.

Ambos se acercaron á la ventana y comenzaron á hojearlo.

La mano de Daisy temblaba.

Daisy, y los dos salieron apresuradamente después de colocar la Biblia en el mismo sitio y cerrar la puerta.

—Ahora tenemos bastantes pruebas para prender á los criminales—dijo la joven.—El testamento y el resultado de sus averiguaciones, bastarán para confundir á esos infames.

Abajo, cerca del castillo, espera mi coche; antes de media hora estaremos en Bakerstreet.

## CAPITULO VIII

## Venido por la astucia

La impaciencia é inquietud del gran detective por la prolongada ausencia de Harry Taxon, eran muy grandes, cuando con indecible satisfacción vió entrar en su casa á miss Daisy Carnegie acompañada de Harry Taxon.

—¿Dónde has estado?—preguntó á éste el detective, mientras estrechaba la mano á los recién llegados. ¿Has estado ausente mucho tiempo!

—En cambio le traigo noticias importantes, maestro.

—Lo deduzco viéndote acompañado de esta dama, y por la sonrisa de tus labios, No te hagas esperar...

Invitó á la joven á sentarse y escuchó con gran atención el interesante relato de Harry sobre los últimos sucesos.

Después miss Daisy entregó al célebre detective el testamento que habían encontrado en la Biblia.

—Ahora, amigos—exclamó Sherlock Holmes,—todo está aclarado. Sólo nos falta tender el lazo á los miserables. No perdamos tiempo. Miss Daisy, la suplico que vuelva al palacio de lord Archibald, en Park Lane, y le pregunte por mister Burton. Deberá usted procurar entablar una larga conversación con el lord; Harry la acompañará y algunos policías ocuparán todas las salidas de la casa. Si cree usted necesario proceder con rapidez en la detención, hará usted una seña á Harry. Yo, entretanto, procuraré coger á Grip.

Pocos momentos después la casa del detective quedaba desierta.

Sherlock Holmes recomendó á su ayudante que procediera con rapidez y energía, y que en caso que no encontraran al lord en su casa, que le esperase con la dama al extremo de Greenstreet.

El detective se disfrazó con una peluca.

Seguidamente se fué á la central de policía para pedir algunos hombres á fin de detener al peluquero.

La tienda de Alan Grip estaba ya profusamente iluminada, cuando Sherlock Holmes y los agentes llegaron ella.

Desde la calle, y á través de una cortina podía verse la cara de todos los que había en la tienda, entre los cuales observó el detective al peluquero Grip.

Mientras los dependientes de la peluquería estaban trabajando, el dueño permanecía sentado en un rincón leyendo atentamente un periódico de la noche. Toda la prensa se ocupaba extensamente del suceso de Bakerstreet.

Sherlock Holmes había ya leído los periódicos de la noche.

Ninguno de ellos suponía la existencia de un crimen, por lo que el detective comprendió la sonrisa de satisfacción que se dibujaba en los labios de Alan.

—Señores—dijo Sherlock Holmes á sus súbditos. —Yo entraré en la peluquería y procuraré hacer salir al dueño.

Algunos de ustedes no seguirán desde alguna distancia; yo conduciré á Grip á aquel callejón, donde se ocultarán algunos de ustedes, y tan pronto como lleguemos allí, aparecerán ustedes y le detendrán inmediatamente y sin decirle una palabra.

La detención ha de efectuarse sin llamar la atención.

Después de estas palabras, penetró en la tienda.

—¿Mister Alan Grip?—preguntó cortésmente acercándose al peluquero.

—Yo soy—contestó el interesado.

—Quisiera decirle dos palabras.

—Con mucho gusto. ¿Se trata de un asunto importante?

—Me envía lord Archibald Sullivans—murmuró Sherlock Holmes.

Alan Grip se puso nervioso.

—¿Y bien? ¿Qué desea de mí?

—No puedo decirselo. Me ha encargado que acompañara á usted á la calle, donde le está esperando, y me ha encargado decirle que si no acude usted á la cita, se marcha al extranjero.

—¿Es lejos dónde hemos de ir?

—Pocos minutos nos separan.

—Entonces le acompañaré.

Alan Grip tomó bastón y sombrero y salió del establecimiento junto con Sherlock Holmes.

Sin sospechar la celada, el barbero acompañó al detective sin darse cuenta de que á alguna distancia les seguían los policías.

Pero al llegar al callejón y ver que el lord no estaba allí, concibió sospechas y quiso escapar.

—Tenga usted la seguridad—le dijo el detective—de que el lord se presentará mañana á la hora convenida en la tienda de Alan Grip para ponerse de acuerdo con el mismo.

—Temo, mister Holmes, que escaparán los dos.

—Alan Grip está detenido, miss Daisy.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un momento, y si quiere usted presenciar la detención del lord mañana, puede usted es-



inútil empeño; á los pocos pasos era alcanzado por los agentes que le condujeron, á pesar de su resistencia, á la delegación de policía, en uno de cuyos calabozos quedó encerrado.

Inmediatamente se encaminó Sherlock Holmes á la Greenstreet para ver si parecían por allí Harry y miss Daisy.

No tuvo que esperar mucho rato.

A los pocos minutos aparecieron los dos, diciendo que no habían encontrado á lord Archibald en su castillo.

Miss Daisy estaba muy contrariada.

perar en el salón para señoras. Verá usted la recepción que le preparo.

—¿A qué hora he de ir á la peluquería?

—Lo más temprano posible. Yo estaré antes de que abran la tienda, ó sea antes de las ocho.

—¿Vendré también yo, maestro?—preguntó Harry.

—Sí.

—Y yo estaré también pocos minutos después de las ocho—añadió la joven.

Un momento después, ésta se despedía de los detectives.

## CAPITULO IX

## La detención del criminal

Después de atar á Harry, lord Archibald abandonó el castillo por el mismo camino que había venido, es decir, por el parque, por el cual había llegado con Alan Grip.

Sin que nadie le viera, salió luego á la desierta carretera por una puercecita trasera y encaminóse á toda prisa á Hampstead para tomar el ferrocarril y volver al centro de Londres, á su palacio de Park Lane.

Antes de obscurecer había llegado á Hyde Park.

Había formado su plan. Aun cuando tuviera que entregar á Alan una crecida cantidad, estaba decidido á abandonar la capital lo antes posible.

Interiormente estaba convencido de que el peluquero no pondría en práctica sus amenazas, pero con todo no se creía seguro en la ciudad del Támesis.

¿Qué necesidad tenía de exponerse á caer cualquier día en manos de la policía, si por una casualidad se descubriera su crimen?

Disponía de bastantes medios para marchar á ultramar y empezar una nueva existencia.

Estaba decidido. Al día siguiente por la mañana volvería al castillo para encerrar á su prisionero en una cárcel más segura, donde moriría de hambre; entregaría algunos billetes al peluquero, y seguidamente marcharía á América ó á Asia.

Disponiendo de fondos, había todos los días ocasión para desaparecer de Londres.

La noche de aquel día pensaba invertirla en empaquetar los pocos objetos de que no quería separarse, y al día siguiente, por la mañana, se pondría en camino.

A punto estaba ya de dirigirse á Park Lane, cuando se decidió á entrar en un café para tomar alguna copa para ver si se le desvanecían sus negros pensamientos.

Tal vez los periódicos de la noche volvían á hablar del asunto Burton...

Entró en el café y fué á aposentarse en un olvidado rincón donde con toda tranquilidad podía enterarse de las noticias de la prensa.

A medida que iba leyendo, iba recobrando su perdida tranquilidad. Todos los diarios dedicaban columnas al lamentable suicidio del abogado Burton, tan conocido como apreciado.

Ninguno de ellos dejaba entrever la posibilidad de un crimen.

Pagó religiosamente y abandonó el establecimiento bastante animado.

Ya no creía tener necesidad de volver á su casa inmediatamente. Tiempo tendría al día siguiente para poner en orden sus efectos y arreglar el equipaje.

Decidióse á visitar algunos establecimientos alegres.

Tenía deseos de pasar un rato divertido, sin pensar en Burton, Alan Grip ni en el joven detective, su prisionero.

—A divertirse y fuera escrúpulos—se dijo.

Pero á pesar de sus esfuerzos, una voz interior, un algo inexplicable le robaba la calma.

Constantemente se le aparecía Burton, no siendo bastante á borrar tal pesadilla los numerosos *Music-Halls* y tabernas que visitó.

Una fuerza irresistible le atraía á Bakerstreet.

Sin explicarse cómo, ni por qué, hacia las doce de la noche, el lord se encontró en la Bakerstreet.

Pocos pasos le separaban de la casa en que había vivido el infeliz Burton.

Lord Archibald llevó la mano al bolsillo.

Conservaba la llave con la cual podía entrar en la casa.

Por fin cedió á la irresistible tentación. Debía entrar y visitar por última vez la habitación de Burton.

—¡Canario!—murmuró.—¿No es posible que en el

escritorio hayan quedado algunos documentos que puedan comprometerme y serme fatales si más tarde se me antoja volver á Londres?

Con mil precauciones miró á derecha é izquierda. La calle estaba desierta.

Rápidamente abrió el portal del número 14, y desapareció en él.

Por espacio de algunos minutos escuchó en la escalera. Todo estaba silencioso.

¿No podía, pues, arriesgarse á penetrar en el primer piso, donde vivía mistress Leack Bassless?

—Silenciosamente subió la escalera.

Detúvose delante de la puerta, mas como todo el mundo parecía dormir, abrió y entró.

Otra vez se detuvo en el corredor; el corazón le latía con violencia.

Lenta y silenciosamente se acercó á la puerta de la habitación del asesinado.

Estaba entornada solamente.

Ya en el interior encendió una linterna eléctrica.

Entonces un escalofrío recorrió su cuerpo.

Le había parecido oír abrir una puerta.

¿Se habría levantado mistress Bassless?

Reteniendo la respiración, corrió á ocultarse detrás de un gran armario de luna.

Así transcurrieron algunos momentos de mortal angustia,

Debía haberse equivocado.

Con cautela salió de su escondite para cerrar la puerta que había dejado entreabierta.

Volvió á escuchar y hasta salió al corredor mirando por todas partes.

—¡Qué cobarde soy!—murmuró;—esos malditos nervios no me dejarán en paz... la mujer duerme... puedo registrar la habitación. ¡Ea! valor y todo irá bien.

Se acercó al escritorio, donde como sabía, Burton conservaba su correspondencia particular.

Al abrir el mueble, lanzó una ligera exclamación de sorpresa.

Todos los cajones estaban abiertos y vacíos.

—¡Mil bombas!—exclamó contrariado.—La policía ú otra persona ha venido más pronto que yo. Lo siento.

Desengañado salió de la habitación con las mismas precauciones que había entrado, para llegar á la calle lo más pronto posible.

Por fin llegó á la puerta de la calle sin novedad.

En el instante en que la había cerrado y se disponía á alejarse de aquel lugar, oyó una voz potente que le gritaba:

—¡Alto!

Al volver el rostro, aterrado, vióse enfrente de un policía, el mismo que le había perseguido la noche anterior.

El lord lanzó una horrible maldición.

En la calle no había nadie más que él y el policía.

Empuñó el llavero para, en caso necesario, hacerlo servir de arma ofensiva.

—¡Alto!—repetió la misma voz.—¿Qué busca usted en esa casa?—preguntó el agente cerrándole el paso. Luego extendió la mano para coger al lord.

Pero éste hizo un movimiento rápido, procurando al mismo tiempo dar un golpe al policía en la frente.

Este esperaba la agresión.

Saltó á un lado, al tiempo que daba unos silbidos penetrantes.

Esta vez mister Eagle juró no dejar escapar al criminal.

No obstante, había que contar con la astucia y la habilidad del lord.

Antes de darse cuenta de las intenciones del malvado, mister Eagle recibió un violento puntapié en el estómago.

El policía vaciló.

Lo inesperado y violento del golpe le hizo caer por fin, dando contra un farol del alumbrado público.

Cuando llegaron los compañeros de mister Eagle, el lord había desaparecido.

A todo correr bajó por la Bakerstreet, embocando en un estrecho callejón que recorrió en un minuto, entrando luego en otra callejuela oscura.

Con gran estupor vió que el callejón no tenía salida.

Al extremo del mismo había un alto muro y á la derecha una puerta abierta.

Aquella calle debía tener otra salida en otra calle.

Colóse á través de la puerta, atravesando aceleradamente un patio alumbrado por algunos faroles.

Sin parar de correr quiso cruzar el patio para ganar la otra puerta que, efectivamente, salía á otro callejón, pero oyó ya los pasos de sus perseguidores que le cerraban el camino por dos lados.

Si no conseguía encontrar algún refugio, estaba perdido.

El lord, jadeante, se detuvo un momento lanzando ansiosas miradas á su derredor.

De pronto vió en el mismo patio, y á través de una ventana, á ras de tierra, luz en el interior de un subterráneo. La ventana estaba abierta, pero tenía una cortina corrida.

Sin vacilar un momento, dió un salto introduciéndose por la ventana. En el subterráneo fué recibido por una algarabía infernal.

Había caído en una madriguera de criminales, de los peores de Londres.

Allí, respirando una atmósfera irrespirable, había reunidos numerosos individuos. A pesar de lo avanzado de la hora, estaban aún deliberando y disponiendo nuevos crímenes.

—Hola, amigo—dijo el lord un hombre de anchas espaldas y rostro encarnado, que parecía ser el arrendatario del local.—Parece que te vienen encima, ¿no es verdad?

—En efecto, camaradas. O mucho me equivoco, ó el patio está lleno de policías. ¿No les oís silbar?

—¿Pues qué has hecho?

—Más tarde te lo diré—repuso el lord sin aliento.—Ahora escóndeme.

—Eres un buen muchacho—exclamó uno.—Supongo que tienes plata. ¿Cuánto vamos ganando por salvarte?

—Poco me importa un par de libras. De momento ahí va eso—repuso el lord;—después habrá más.

Y uniendo la acción á la palabra, arrojó al rostro del hombre de espaldas anchas, un billete de Banco.

—Hablando con este lenguaje—exclamó sonriendo el otro,—nos entenderemos. Vamos á ver lo que puede hacerse.

Hizo un signo al lord para que le siguiera.

El subterráneo correspondía á un bodegón de mala fama, cuyo dueño era, efectivamente, el del rostro encarnado.

Salieron los dos; el tabernero condujo á su amigo á lo largo de un angosto pasadizo, á cuyo extremo había una estrecha escalera que subieron rápidamente.

Habían llegado á la planta baja donde el bodegón tenía sus habitaciones.

—Quédate aquí, amigo—dijo el lord abriendo una puerta.—Nadie te buscará aquí.

Cerró todas las puertas y fué á colocarse detrás del mostrador.

En aquel mismo momento los policías invadieron el bodegón; mister Eagle iba entre ellos.

—Salud, mister Humphrey—dijo Eagle al tabernero.—¿Dónde está el caballero elegante, algo cojo, que ha venido hace un momento?

—No sé de qué me habla usted, amigo—contestó mister Humphrey.—Aquí no acostumbran á venir caballeros.

—Le he visto entrar en el patio y no ha podido salir más que por aquí—replicó enojado el policía, mientras los demás buscaban por el local.

—Le digo que aquí no ha entrado nadie. Puede usted preguntar á mis parroquianos si lo duda.

—Pues vamos á registrar la casa.

—Puede usted empezar cuando guste.

Registraron todo el subterráneo, pero hubieron de convencerse de que allí no estaba el que buscaban.

Luego registraron el patio.

Por fin, cuando todos los policías se hubieron marchado, Humphrey subió á sus habitaciones para hacer salir al lord.

Muy á su despecho, lord Sullivans tuvo que pasar algunas horas en el tenebroso subterráneo en compañía de los criminales, á los que hubo de pagar un sinnúmero de copas.

Cuando al romper el alba el bodegonero dijo que iba á cerrar su tienda, el lord suspiró aliviado. A pesar de todo le era sumamente difícil deshacerse de sus importunos compañeros.

En fin, de acuerdo con el dueño, consiguió escapar por una puerta secreta.

Archibald Sullivans estaba desesperado.

—En mala hora he querido visitar la casa de Burton—murmuró mientras vagaba incierto por las desiertas calles.

Ahora he llamado la atención de la policía. Es necesario marchar de Londres cuanto antes.

Seguramente ese maldito policía que quiso detenerme en Bakerstreet es el mismo que me ha hecho vigilar por el espía. Voy ahora mismo á trasladar á ese prisionero á un lugar más seguro.

Seguidamente tomó billete en el metropolitano, dirigiéndose á Hampstead.

El miedo empezaba á torturarle.

Cuando algún policía cruzaba su camino, procuraba aparentar la mayor tranquilidad, pero se creía perdido.

Por fin llegó al parque, corrió al castillo, y rápidamente se acercó á la habitación donde había encerrado á Harry.

Aterrado retrocedió un paso al encontrar la habitación vacía y una puerta abierta.

¿Cómo era posible que hubiera escapado? ¿Quién tenía la llave?

Fuertemente emocionado, corrió á la portería. Llamó á los porteros que aún dormían y preguntóles quién había entrado sin su permiso en el despacho.

Al saber que miss Daisy Carnegie había ido al castillo el día anterior por la tarde y que luego había salido con un joven, el lord quedó mudo de terror; la sangre se le heló en las venas.

El viejo portero quedó sumamente sorprendido de la impresión que sus palabras producían en el lord.

Este se quedó pálido como un cadáver.

Confundido, pronunció algunas palabras incomprensibles y salió del castillo sin despedirse de los porteros.

Cruzó como alma que lleva el diablo algunas calles, dirigiéndose á la estación de Hampstead para correr á casa de Alan Grip.

¿Habría sido tal vez aquel malandrín quien habría mandado á miss Daisy al castillo acaso para buscar el testamento? ¿Habría sido capaz aquel infame de descubrir á la maldita mujer todo el secreto? ¿Le habría dicho el prisionero lo que había escuchado?

—Decididamente Alan Grip tampoco está seguro en Londres, ni me conviene que se quede aquí—se dijo el lord.—Habrás de marcharse conmigo.

\* \* \*

Pocos momentos después de haber sido abiertas las puertas de la peluquería de Alan Grip, en la Greenstreet, lord Sullivans embocaba en la misma calle.

Sus facciones eran sombrías y los ojos le echaban chispas.

Con recelo miraba de una parte á otra.

Por fin se acercó al establecimiento de su cómplice. De nuevo volvió á detenerse esperando que no pasara nadie por la calle.

Durante un momento pareció estar indeciso, como si una voz secreta le aconsejara se marchara de Londres á toda prisa.

Por fin venció sus escrúpulos.

—Quiero hablarle, necesito hablarle—murmuró con energía.—He de inducirle á que me siga. Le haré toda clase de promesas y más tarde no habrá de faltarle ocasión propicia para deshacerme de él.

Estaba ya delante de la peluquería.

Después de lanzar furtivamente una mirada al interior, decidióse á entrar.

Alan Grip estaba allí, vestido con la americana clásica de los peluqueros, pero en realidad de verdad no era Grip ni peluquero, sino el mismo Sherlock Holmes que había sabido aprovechar la circunstancia de parecerse extraordinariamente al criminal.

Con una sonrisa dijo á lord Archibald:

—Hola, lord. Veo que ha pensado usted mejor. ¿Me trae usted el dinero?

—Sí, Grip; lo tengo aquí—contestó el lord.

—Pero haga el favor de sentarse; entretanto le afeitaré.

Acercando luego los labios al oído de Sullivans, le dijo el detective.—Quiero hacer salir antes á mis dependientes.

Invitó al lord á que se sentara, á lo que accedió éste.

Sherlock Holmes le puso el paño, le jabonó la cara y tomó la navaja que manejaba con tanta habilidad, como si efectivamente hubiera pasado la vida afeitando barbas.

Dirigió algunas palabras á sus empleados, que estaban al corriente de todo, para que se alejaran.

—Bueno; ya estamos solos—dijo Sherlock Holmes.—¿Me da usted el dinero ó no?

—Sí, Grip; estoy dispuesto á darlo, pero usted tiene que venir conmigo; ni uno ni otro estamos ya seguros en Londres.

—Se equivoca usted, querido—repuso riendo el falso barbero.—Para mí no hay necesidad alguna de huir.

Ni soy el cómplice de sus hazañas, ni tengo participación alguna en el asesinato de Burton.

Asustado y desconfiado al mismo tiempo, miró el lord al peluquero, y rápidamente se inclinó hacia atrás para ponerse fuera del alcance de la navaja.

—¿Quién es usted?—balbuceó alarmado, temiendo ya la verdad.

—El detective Sherlock Holmes—contestó el supuesto peluquero;—y me alegro, lord, de conocerle. No soy Grip á pesar de que nos parecemos mucho. Grip está ya á buen recaudo y usted va á seguirle inmediatamente.

Por un momento el lord quedó como anonadado.

Pero repeniéndose bien pronto, llevó la mano al bolsillo donde guardaba un estilete.

Sherlock Holmes estaba apercebido.

—Aquí quieto, infame, ó te corto el cuello—exclamó sujetándole en la silla y dando algunos silbidos.

Inmediatamente abrióse una puerta frente al espejo que reflejaba la imagen del lord, y Harry entró en la tienda provisto de cadenas.

Detrás de Harry llegaron algunos policías, entre ellos mister Eagle, á quien el gran detective había invitado á presenciar la detención del infame.

Tras breve lucha, lord Archibald Sullivans fué detenido y maniatado fuertemente.

Miss Daisy presenció también desde el salón para

señoras como caía, por fin, en manos de la justicia el segundo de los asesinos de su padre y tutor.

\* \* \*

Lord Archibald y Grip murieron en la horca.

El primero confesó en las primeras declaraciones, que había asesinado á mister Burton para deshacerse de un importuno consabidor de la falsificación del testamento. Además confesó que había procedido al cambio de prendas del muerto, según había supuesto Sherlock Holmes, para despistar á los policías.

Por su parte, Grip, confesó también que el lord le había inducido á asesinar á lord Herbert, padre de miss Daisy, y que también había instado á Burton para cometer la falsificación.

Después de comprobada la falsedad del documento, miss Daisy fué reconocida la heredera universal y legítima de las inmensas posesiones de lord Herbert Sullivans.

Después de apaciguado el dolor inmenso que produjera á la joven la trágica muerte de mister Burton, concedió su mano al pintor Harvey, su colega, con el cual vive felizmente en Sullivans House, donde los viejos porteros siguen aún desempeñando sus funciones.

Todos ellos mostráronse sumamente agradecidos al célebre detective Sherlock Holmes y á su fiel ayudante Harry Taxon.

Título del cuaderno próximo:

## *El demonio del Circo Ángelo*

F. GRANADA Y C.<sup>a</sup>, EDITORES • DIPUTACIÓN, 344, BARCEL

# LA ACTUALIDAD

REVISTA MUNDIAL DE INFORMACIÓN GRÁFICA  
PUBLICACIÓN SEMANAL  
Año V de su publicación

LA MÁS BARATA, MÁS EXTENSA, MÁS AMENA Y MÁS VARIADA DE ESPAÑA

REGALA UN

## DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA LENGUA CASTELLANA

profusamente ilustrado

♦♦ ¡¡ 20 céntimos!! ♦♦♦♦ 36 páginas profusamente ilustradas ♦♦♦♦ ¡¡ 20 céntimos!! ♦♦

SUSCRIPCIÓN . . . . .	{	ESPAÑA . . . . . 2'50 pesetas trimestre	}	NÚMERO SUELTO, 20 céntimos
		PORTUGAL . . . . . 12 pesetas al año		
		EXTRANJERO. 15 francos al año		

Se enviará GRATIS un número á quien lo solicite

BARCELONA.—Redacción y Administración: Diputación, 344. Talleres: Paseo San Juan, 54 • Teléfono 2108

# Colección Villemanns

Elegantes volúmenes, con cubiertas en colores, á 0'50 pesetas uno

¿Quiere V. aprender Francés?

¿Quiere V. aprender Inglés?

¿Quiere V. aprender Italiano?

¿Quiere V. aprender Alemán?

¿Quiere V. aprender Esperanto?

¿Quiere V. aprender á hacer versos?

¿Quiere V. aprender juegos de prendas?

¿Quiere V. aprender á dibujar? (Primera parte, línea recta).

¿Quiere V. aprender á dibujar? (Segunda parte, línea curva).

¿Quiere V. aprender el secreto de los sueños?

¿Quiere V. aprender á jugar al ajedrez?

¿Quiere V. aprender á bailar?

## Obras de RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

	Sonata de Primavera . . . . .	2	Ptas.	
	Sonata de Estío . . . . .	2	>	
	Sonata de Otoño . . . . .	2	>	
	Sonata de Invierno . . . . .	2	>	
	Agulla de Blasón . . . . .	3'50	>	
	Romance de lobos . . . . .	3'50	>	
	El Marqués de Bradomín . . . . .	3'50	>	

Estas obras se envían á vuelta de correo á quien las desea, mediante el envío de su importe y 25 céntimos más del coste cada. El importe se puede enviar en sellos corrientes de francoe ó libranza del Giro mutuo.

Pídase en todos los kioscos

# Lord LISTER (a) John C. Raffles

GENIAL Y HÁBIL REY DE LOS LADRONES

Impacable con los asesinos y usureros, protector de la inocencia perseguida y apoyo constante de la verdadera honradez

PERFECTO Y REFINADO GENTLEMAN

perseguen en todas partes la deficiente legalidad y justicia, valiéndose de las mismas fechorías de los criminales, cuyas hazañas supera con admirable acierto, teniendo siempre de su parte a los hombres de la más estricta moralidad.

¿Quién  
le conoce?

¿Quién  
le ha visto?



Esta es la preocupación cons-  
tante de Scotland Yard ♦♦♦

Tal es la continua obsesión del  
público londinense ♦♦♦♦♦

Se publica un cuaderno semanal de 32 páginas  
ilustradas, con cubierta en colores, al precio de

25 céntimos

## TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

- |   |  |  |
|---|--|--|
| 1. El Inógnito misterioso.              | 25. El presidente del Banco.               | 48. El collar de perlas de la dama.          |
| 2. El castigo de un joyero falso.       | 26. El inspector Baxter en un manicomio.   | 49. Oro mejicano.                            |
| 3. Un robo en el Palacio Real.          | 27. El número R. 100.                      | 50. Los piratas de la Bolsa.                 |
| 4. El tesoro en un sarcófago.           | 28. El club del Rey.                       | 51. El ladrón incorregible.                  |
| 5. El negro en el abduidol.             | 29. El enigma indio.                       | 52. El tesoro del Roghi.                     |
| 6. Estratagemas de un banquero.         | 30. El Presidente de las Colonias.         | 53. Un viaje de bodas.                       |
| 7. El príncipe jugador.                 | 31. Los cuatro padres.                     | 54. El palacio de las musas de Santa Elena   |
| 8. En las catacumbas de París.          | 32. Muerte piácida.                        | 55. Una grada de la escala de Jacob.         |
| 9. Dinero y amor.                       | 33. «La Trompeta de Alarinas».             | 56. El propietario del «Delfino».            |
| 10. La imagen de la india.              | 34. Raffles y el jefe de la policía china. | 57. Entre la honra y el crimen.              |
| 11. Los diamantes del duque de Norfolk. | 35. La reina de los diamantes.             | 58. El tesoro de Estado.                     |
| 12. Tesoros sumergidos.                 | 36. Un robo en un museo.                   | 59. Bajo la bandera roja.                    |
| 13. El asalto en el «sleeping».         | 37. El palacio de Belgrado.                | 60. El príncipe de Coorgia.                  |
| 14. El falso sargento detective.        | 38. La hermosa dama.                       | 61. Los espíritus de la señora Berta Dunkel. |
| 15. El apóstol de plata.                | 39. El demente de Hanwell.                 | 62. El sacerdote del Sol.                    |
| 16. Entre los «apaches» de París.       | 40. El falso saltador.                     | 63. El más difícil empleo.                   |
| 17. El Don Juan castigado.              | 41. Dos que apuestan sin ganar nadie.      | 64. En la ratonera.                          |
| 18. El misterio de los niños mutilados. | 42. Venganza involuntaria.                 | 65. El secreto del tesoro.                   |
| 19. El heredero de Eaglestone.          | 43. El cometa misterioso.                  | 66. El suplantador de la herencia.           |
| 20. El amo rojo.                        | 44. El collar de la «cocotte».             | 67. El arruinado.                            |
| 21. Entre las ruinas de Mesina.         | 45. La doncella raptada.                   | 68. El aeroplano misterioso.                 |
| 22. El alquimista.                      | 46. El paladín de la moralidad.            |  |
| 23. El secreto del anillo.              | 47. El fusil del negro.                    |  |
| 24. El tesoro sagrado del Siwa.         |  |  |

CADA CUADERNO UN EPISODIO COMPLETO

Administración: F. GRANADA Y C.<sup>A</sup>, Editores • Diputación, 344, BARCELONA

REPRESENTANTES

Madrid: José Lorin, Abada, 22.—Valencia: Vicente Pastor, Victoria, 11, pral.—Zaragoza: Angel Villamarín, S. Miguel, 20  
Buenos Aires: Pascual Mediano, Brasil (entre Lima y General Hornos), frente a la estación del Sud